

3 NOVELAS INOLVIDABLES

DAY LECLAIRE

Una boda rápida

Una boda rápida (2000)

Day Lecraire

Título Original: The twenty–four hours bride **Serie: 2º Gem Computer**

Editorial: Harlequín Ibérica

Sello / Colección: Jazmín 1527

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Nick Colter y Dani Sheraton

Argumento

Nick Colter no había podido olvidar la noche que pasó con Dani Sheraton.

De hecho, ella tampoco había podido olvidarlo: la llegada al mundo de su hija era inminente. Durante nueve meses le había ocultado a Nick su embarazo, convencida de que él no la quería, pero éste, tras volver de un viaje, se había mostrado decidido a darle su apellido a la niña. De ese modo, en sólo veinticuatro horas, Dani se vio convertida en novia y madre al mismo tiempo.

Una vez terminada la "luna de miel", Dani tenía todo el tiempo del mundo para enseñarle a su esposo lo que era el amor de verdad.

Prólogo

Nick Colter salió de París dos semanas antes de lo previsto. Se había dejado llevar por un impulso, cosa extraña en un hombre cuyo apodo era «el hombre de hielo». No obstante, había actuado del mismo modo que la noche en que había hecho suya a Dani Sheraton.

Cierto instinto de protección lo había inducido a intentar borrar el encuentro de la memoria, pero en vano. El impacto había sido demasiado fuerte.

Nick había ido a casa de Dani la noche anterior a su viaje a Europa. La había estrechado entre sus brazos y la había llevado a la cama. Al fin, tras haber esperado cinco largos años, hizo el amor con ella.

Luego, se marchó.

Sin embargo, a partir de entonces los recuerdos de aquellos instantes lo habían acompañado día y noche. En Roma recordó la belleza de aquellos ojos negros. En Madrid, la suave caricia de los rizos oscuros junto a su rostro de porcelana. En Londres, en plena reunión de negocios, rememoró su risa tan femenina. Tras aquellos retazos de memoria volvía de nuevo a pensar en la noche que habían hecho el amor.

Podía ver a Dani junto a la chimenea desnudándose prenda a prenda, desvelando toda su feminidad con excitante delicadeza.

Ella irradiaba calor y parecía ser capaz de poder deshacer el caparazón de hielo que recubría a Nick, del mismo modo que tras el duro invierno reaparece la primavera.

Dani se había arrodillado frente al hombre. Su melena ondulada brillaba con el resplandor del fuego. Nick no había deseado nunca a una mujer tanto como en aquel momento. Sin embargo, optó por mostrarse cauto. Dani estaba muy seria y en cierto modo indecisa, lo que podría parecer ridículo en una mujer tan decidida y vital como ella.

Pero aquella noche fue especial…

Quizá dejó de ser la joven alocada y salvaje de siempre para convertirse en una criatura tímida y dulcemente apasionada. Cuando, finalmente, él se unió a ella, ambos se miraron lánguidamente a los ojos. Fue entonces, cuando Dani comprendió el significado de lo que estaba ocurriendo: era algo que había permanecido oculto hasta entonces. Nick había tenido siempre presente aquella imagen, que lo embargaba de emoción, mientras estuvo en Europa.

El hombre cerró los ojos, siendo consciente de por qué estaba abandonando París. Estaba completamente convencido de que había

llegado el momento de volver a casa.

Dani lo necesitaba.

Capítulo 1

—Estás embarazada.

Dani se sujetó contra la puerta para no caer de rodillas, ciega de furia. Cuando recuperó las fuerzas, dirigió la mirada hacia Nick. No había rastros de sombras en aquellos ojos penetrantes y azules. Realmente era de hielo.

—Lo tuyo es la clarividencia —respondió Dani lacónicamente, protegiéndose el abultado vientre con las manos.

Había sido una estúpida al pensar que no iba a sentir nada cuando volviera a verlo. Al contrario, el tiempo no había hecho más que aumentar el ansia por reunirse de nuevo con él. Lo que resultaba ridículo, puesto que Nick no sentía nada por ella.

—Tienes razón, estoy embarazada —confirmó Dani.

—¿De cuántos meses estás? —preguntó Nick.

Pero antes de que ella pudiera contestar, él sacudió la cabeza y sus cabellos rubios brillaron con el tenue sol de septiembre.

—No es necesario que me lo digas —prosiguió Nick—. Lo sé: de nueve meses.

—En efecto…

—Lo que significa que es mi hijo —sostuvo Nick.

—Brillante deducción —comentó Dani.

Nick se había presentado en su casa sin llamarla antes por teléfono.

Y aunque hubiera llamado, Dani habría aceptado la visita con todo el entusiasmo que su avanzado estado de gestación le hubiese permitido. A ella le resultaba difícil enfrentarse a las consecuencias de aquella noche de pasión. También le resultaba muy doloroso pensar que se había entregado en cuerpo y alma a un hombre incapaz de amar. Dani lo miró furiosa.

¿Por qué tenía que aparecer en aquel preciso instante? ¿Por qué no había llegado dos semanas más tarde, cuando su hijo hubiera nacido, como ella había planeado? ¿Qué ocurriría cuando diera a luz? Dani no tenía la más remota idea.

En la entrada, ella se colocó frente a Nick, ardiendo en deseos de abrazarlo aunque se abstuvo de hacerlo.

—¿Por qué no me dejas entrar y luego me cuentas lo que ha ocurrido? —sugirió él, con suavidad.

Dani se cruzó de brazos sin la menor intención de moverse.

—No tengo que darte explicaciones —adujo ella.

Para sorpresa de ella, la mirada de Nick pareció brillar con más intensidad.

—Sí, querida —repuso él—. Creo que tenemos que hablar. Por

favor, desactiva la alarma y déjame entrar.

—No.

Sin insistir más, Nick traspasó el umbral de la puerta. De inmediato, sonó una alarma.

—Sistema cancelado —dijo él—. Colter 0—0—1. Suprime la alarma, Gem.

—Alarma suprimida, señor Colter —dijo una sugerente voz femenina procedente de unos altavoces ocultos—. ¿Reinicio el sistema? —preguntó la voz de Gem, o lo que era lo mismo, el sistema de seguridad.

—Afirmativo —respondió Nick.

—El sistema se está reiniciando. Alarma reactivada en zona uno. Bienvenido a casa, señor Colter —anunció la voz virtual.

—¡Maldita sea, Nick! —exclamó Dani—. ¿Por qué te está dando la bienvenida?

Esta es mi casa y mi sistema de seguridad.

—Puede que haya un fallo en la programación —sugirió Nick.

—Lo dudo mucho, puesto que fuiste tú quien lo programó —repuso Dani.

—¡Ya basta! —exclamó Nick de pronto, con una expresión gélida en el rostro—. No he venido hasta aquí para hablar de Gem. Por favor no trates de evitar el verdadero problema.

—¿Y cuál es ese problema?

—El niño, ¿o acaso lo has olvidado? —dijo Nick indignado.

¿Cómo iba a olvidarlo si cada día notaba más su presencia dentro de su vientre?

Cada pequeña patada del bebé le traía a la memoria la noche gloriosa en que lo habían engendrado. Dani temía la reacción de Nick ante su paternidad inminente.

—¡Claro que no lo he olvidado! Además, no tengo ganas de hablar del tema…

—Pues lo vamos a abordar ahora mismo, querida —concluyó Nick.

Dani conocía ese tono de voz y sabía que no podría disuadirlo con facilidad. Aun así, lo intentó.

—Primero, explícame como has entrado aquí. ¿Cómo conseguiste esquivar los códigos de seguridad? No tienes derecho a hacer eso —afirmó Dani.

Luego se volvió hacia un panel lleno de botones que estaba en la pared, junto a la entrada.

—Gem, no puedes dejar entrar al señor Colter sin mi permiso —dijo Dani—.¿Lo entiendes, pedazo de chatarra?

—Por favor, para cualquier petición diríjase a mí de forma

adecuada — respondió Gem melodiosamente.

—El señor Colter no tiene permiso para entrar en casa, Gem. Espero que no vuelvas a pasar por alto mis órdenes sin consultármelo antes.

—Por favor, código de autorización —solicitó tajantemente la voz artificial.

—Veamos, creo que es 3—8—9—8—6—7—4…

—Código incorrecto —contestó Gem—. Por favor, formule sus peticiones siguiendo las pautas adecuadas. ¡Buenos días, señora Sheraton!

Dani se volvió hacia Nick.

—¿Qué demonios quiere decir eso? —preguntó Dani.

—Quiere decir que no puedes invalidar mi intervención —contestó Nick.

—¿Por qué no?

—Porque no tienes los códigos de autorización adecuados — respondió Nick.

—Pues, dámelos.

—No te serviría de mucho.

Dani se sintió impotente. No entendía nada de monstruos mecánicos como Gem.

—Podría intentarlo —sostuvo ella—. A lo mejor tengo suerte.

Nick sonrió brevemente.

—Y a lo mejor acabas encerrada en casa como si fueras una ladrona, una vez más —repuso él.

—¡Eso fue por culpa de Gem! —exclamó Dani señalando el panel con el índice—. Olvidé la tarjeta y no aceptó mi código de voz. Llamó a la policía a propósito.

—Dani, Gem es una máquina —adujo Nick—. Cuando alertó a las autoridades solo estaba siguiendo una programación.

—Entonces, ¿por qué se rió? —preguntó Dani.

—Su modulador de voz registró un error —arguyó Nick—. Ocurrió lo mismo en un modelo anterior. Para que te quedes más tranquila, lo voy a revisar a fondo este fin de semana. Con un bebé en casa no podemos permitirnos el lujo de tener problemas con la seguridad.

—Pues asegúrate de no introducir en el sistema órdenes que anulen las mías.

—No te preocupes —repuso Nick, y luego cambió de tema—. ¿Dónde quieres que hablemos, en la cocina o en el salón?

—En mi despacho —contestó Dani.

Nick esperó a que ella comenzara a caminar para seguirla.

Dani tenía la intención de ganar ventaja sobre Nick estando en su

estudio. La conversación era realmente delicada. No es que pretendiera que se le notase menos el embarazo detrás de la mesa. Tampoco iba a resultar fácil hacer que Nick interpretase el papel que ella le quería otorgar. Jamás lo había hecho y no iba a hacerlo entonces.

Nick caminó tras ella por el pasillo tratando de fortalecer su autoestima. Un bebé. ¡Dios santo! Dani llevaba en su seno un hijo suyo. Al andar balanceaba ligeramente sus caderas con gracia. No importaba que estuviera en el último mes de gestación. Seguía siendo la mujer más guapa del mundo. Sus rizos de azabache brillaban de modo espectacular y tenía el cutis espléndido. Nick tuvo que hacer un esfuerzo para no lanzarse sobre ella y abrazarla apasionadamente. Pero había algo que no le perdonaba: que no le hubiera comunicado la noticia. Nick lo había tenido que averiguar por sí mismo. Dani había guardado el secreto durante los nueve largos meses. Y solo podía haber una explicación: ella no quería que Nick formara parte de su vida. El hombre sintió una punzada de ira y de pánico. Sin embargo, él tenía la firme intención de ser realmente importante para ella y el niño desde ese día. Y no cejaría en el empeño.

—¿Cuándo nacerá el niño? —preguntó Nick traspasando la puerta del despacho.

—Cualquier día de estos —respondió Dani.

—Entonces, no tenemos mucho tiempo —concluyó él.

Dani se sentó en la butaca de cuero y lo miró de reojo.

—¿Para qué?

—Para casarnos.

Aquella respuesta no debería haber sorprendido a Dani. Ella conocía a Nick desde hacía cinco años y sabía que era muy decidido. También había llegado dolorosamente a la conclusión de que cuando algo se le metía en la cabeza era muy difícil que cambiara de opinión. Por lo tanto, era necesario disuadirlo lo antes posible.

—No quiero volver a casarme —dijo Dani—. Con una vez es suficiente.

—Es suficiente si lo haces con un hombre como Peter —repuso Nick—. Yo no soy como él.

No, de hecho no se parecía en nada. Los dos hombres eran completamente distintos. Peter Sheraton empezó a ser novio de Dani en el instituto. Era un crío con mucho encanto y una gran persuasión. Sin embargo, con el tiempo se convirtió en un hombre de poco fiar. Nick no tenía el mismo carisma y, en vez de ser persuasivo, arrasaba allí donde fuera necesario para salirse con la suya.

—Ya sé que esta situación te pilla desprevenido, pero… —comentó

Dani.

—Nos vamos a casar —afirmó Nick.

—Creo que una vez te hayas hecho a la idea, llegarás a acostumbrarte —prosiguió Dani—. Estoy segura de que acabarás aceptándolo.

—Por supuesto. Una vez nos hayamos casado.

—El doctor me ha dicho esta mañana que puedo dar a luz en cualquier momento —repuso Dani.

—Habríamos tenido mucho más tiempo para organizarlo si me hubieras avisado antes de tu estado —arguyó Nick.

—Sí, claro…

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó él.

—Por una buena razón.

—¿Y cuál es?

Dani elevó la barbilla orgullosamente. ¿Cómo iba a decirle lo mucho que lo deseaba y el miedo que le inspiraba ese deseo? ¿Cómo iba a explicarle lo segura que estaba de que él intentaría transformar su vida y la del bebé, y que eso la horrorizaba?

—No quiero decírtelo —concluyó Dani.

—¿Por qué?

—Porque sabía que querrías hacer una tontería. Y lo has hecho…

—No es una tontería darle mi apellido al niño —arguyó Nick.

—El niño ya tiene apellido: el mío.

La expresión del rostro de Nick era gélida. La miró de soslayo y Dani comprendió que había cometido un error. Nick avanzó hacia la mesa y posó los puños sobre la superficie con determinación.

—No es cierto —dijo él—. Ese apellido es el de Peter y si crees que voy a permitir que mi hijo lleve su nombre estás muy equivocada.

Dani no había pensado en aquello.

—Podremos cambiarlo posteriormente en el Registro —sugirió Dani.

—No será necesario —adujo Nick—. Cuando el niño nazca ya tendrá un apellido: el mío.

—O cuando «la niña» nazca —precisó Dani.

—¿Cómo?

—Puede que sea una niña —dijo Dani.

—De acuerdo, la niña y todos los que vengan detrás de ella llevarán mi apellido: Colter. Y no voy a discutir más el asunto.

¿Los que vengan detrás de ella? La joven tragó saliva.

Dani se imaginó que Nick había decidido casarse con ella al enterarse de lo del embarazo. Aquello la iba a forzar a hacer frente a sus propios sentimientos y no estaba dispuesta a ello.

—Yo tampoco voy a discutir la cuestión —adujo Dani—. No me voy a casar contigo. ¿Lo entiendes?

—Mañana iremos al juzgado a solicitar los papeles para unirnos en matrimonio —afirmó Nick—. Tú decides si prefieres que lo hagamos ante un reverendo o ante un juez.

—No me estás escuchando —repuso Dani.

—Mañana por la noche, seremos marido y mujer.

—¡Para, Nick! —exclamó Dani—. No quiero casarme, ni contigo ni con nadie. Y lo digo en serio.

Entonces, Nick fue consciente de lo agresivo que se había puesto con ella.

—Puede que no quieras casarte de nuevo, pero tienes una responsabilidad con tu hijo que va más allá de tus meros deseos.

—Hay muchas mujeres solas que educan a sus hijos sin necesidad de un padre —arguyó Dani.

—Pero no cuando el padre de la criatura está deseando participar en esa educación —respondió Nick.

Estaba perdida. Nunca había logrado vencerlo en una batalla verbal. Pero esta vez tenía que ser la primera.

—Ya somos socios en los negocios —dijo Dani—. Con eso me basta.

—Estás evitando la cuestión —repuso Nick—. El hecho de que seamos socios no tiene nada que ver con la vida de nuestro hijo. ¿No es cierto?

—Tienes razón —admitió Dani—. Pero, siguiendo con lo de Sistemas de Seguridad Internacionales…

—Estábamos hablando del bebé…

—Bueno, pues ahora hablaremos de SSI —insistió Dani—. Deberías saber que quiero que me compres mi parte de la empresa.

Nick se quedó perplejo. Sus ojos azul cobalto mostraban una gran sorpresa y su rostro estaba completamente tenso.

—¿Por qué? —quiso saber el hombre.

—Peter era el que estaba interesado en SSI, no yo —adujo Dani—. Yo me sumé al proyecto una vez mi suegro y tú creasteis la compañía.

—Pero tú eres un pilar fundamental en la empresa —afirmó Nick.

—No entiendo nada de informática ni de sistemas de seguridad, y tú lo sabes —arguyó Dani—. Además, en SSI ya no soy útil para nadie.

—Peter tampoco sabía nada de ordenadores —insistió Nick.

Dani prefirió hacer caso omiso del comentario. En el pasado, los dos hombres habían discutido con frecuencia por aquel tema. Efectivamente, era de esperar que el copropietario de una empresa de sistemas de seguridad entendiese de informática.

—De acuerdo, Peter no era un experto como tú en ordenadores —admitió Dani—. No obstante, era un vendedor nato. Consiguió captar un montón de clientes.

—¡No! —exclamó Nick—. Fuiste tú la que captaste la mayor parte de los clientes. Ellos te hacían caso a ti y no a él.

—No puedo creer que estemos discutiendo por esto —dijo Dani—. Creo recordar que en alguna ocasión te interesó la compra de nuestra parte en la empresa.

—Cosa que Peter siempre rechazó.

—Cosa que yo no rechazaré —repuso Dani.

—Porque yo no lo voy a plantear —afirmó Nick con decisión.

—No entiendo nada —dijo Dani—. Durante años intentaste comprarnos nuestra participación en SSI. Y, sin embargo, ¿ahora quieres que permanezca en la empresa?

Nick se encogió de hombros despreocupadamente, pero los músculos de la cara seguían estando tensos.

En realidad todo él era pura tensión.

—Te necesito —confesó él simple y llanamente.

A Dani aquello le pareció divertido.

—Tú no necesitas a nadie —repuso ella.

Él asintió en silencio.

—Eso es lo que suelen decir —adujo él—. Pero ahora te necesito. Al menos por un tiempo.

—¿Por qué?

Turbado, Nick comenzó a ir y venir por el despacho, dejando desconcertada a Dani. Él nunca se mostraba vulnerable, sus emociones jamás lo traicionaban. Excepto en aquellos instantes.

—Lo cierto es que he pasado demasiado tiempo reestructurando la compañía en el extranjero —arguyó Nick—, Y, desgraciadamente, eso ha producido la pérdida de muchos clientes dentro del país.

—Pero eso qué tiene que ver con…

—La competencia es cada vez más fuerte —continuó Nick—. Me extraña que no lo hayas advertido.

—Sí, sé que hemos perdido algunos clientes, pero…

—Pues tenemos que esforzarnos en recuperarlos y ganar más cuota de mercado. Y para eso tú eres insustituible.

—¡Pero yo voy a dar a luz, por si no lo has notado! —exclamó Dani.

—Ya me he dado cuenta.

El tono grave de la voz de Nick dejó turbada a Dani. De hecho, siempre había sido así. Si a menudo Peter solía perder los estribos arrastrado por la furia, Nick jamás abandonaba su actitud de calma

inmutable.

—Bueno, entonces podrás figurarte que no voy a tener mucho tiempo para dedicárselo a la compañía —adujo Dani.

—No necesito que le dediques muchas horas —dijo Nick—. ¿Por qué tienes prisa por vender tu parte? Hace dos años que murió Peter. ¿Por qué correr de repente?

Dani dudó si sincerarse con Nick. Él era tan lógico y sagaz. ¿Cómo le iba a decir que estaba loca por él? Sería como confesarle sus sentimientos a Gem.

—Es hora de cambiar de vida —afirmó Dani—. Me gustaría vender esta casa tan inmensa y mudarme a otra más acogedora. También he pensado montar mi propio negocio.

—Este es tu negocio —repuso Nick.

—Sabes perfectamente que nunca lo ha sido —adujo Dani—. Tú y mi suegro teníais todo el poder en vuestras manos. Además, Peter y yo nunca tuvimos recursos suficientes para liderar la empresa.

—¿Y cómo vas a cuidar al bebé y atender tu propio negocio, si colaborar con SSI te parece excesivo? —preguntó Nick.

—Al principio no podré compaginar las dos cosas —respondió Dani.

—Pues entonces, cuando nazca nuestro hijo y hasta que puedas dedicarte a tu empresa, puedes continuar en nuestra compañía —dijo Nick.

Nuestro hijo. Nuestra compañía. Dani sospechaba que Nick estaba tratando de crear deliberadamente un vínculo sólido entre los dos, algo que ella estaba intentando evitar a toda costa. Quiso disimular masajeándose la base de la espalda, que le dolía bastante.

—¿Te parece que lo discutamos más tarde? —sugirió ella—. Estoy un poco cansada.

De inmediato, Nick se le acercó y la tomó por el antebrazo.

—Siéntate, Dani —le rogó—. Trata de descansar. ¿Cuándo has ido al médico por última vez?

—Esta mañana —contestó ella—. No hay ninguna complicación: todo va bien.

Nick se acercó a ella y se puso en cuclillas. Sus miradas se encontraron. De pronto, Dani fue consciente de lo mucho que lo había echado de menos. Había añorado su amabilidad y su interés, su inteligencia privilegiada y la sensación de calma que emanaba de él. El pánico que Dani había sentido al verlo de nuevo había dado paso a sentimientos más dulces, aunque no quisiera reconocerlo.

—Me imagino que no habrás podido dormir muy bien en los últimos tiempos—supuso Nick—. No te preocupes, me voy a marchar

pronto.

¡Si él no estuviera tan cerca de ella! Verlo así le hacía recordar la maravillosa velada que habían compartido juntos meses atrás. Había intentado olvidar aquel encuentro por todos los medios sin conseguirlo.

—Estás pensando en aquella noche, ¿verdad? —dijo Nick.

Las defensas mentales de Dani empezaron a flaquear. ¿Cómo no iba a hacerlo?

Se refería a la noche de Fin de Año. Nick le había rogado que le llevara a su casa una serie de documentos financieros de Peter. Y le rogó que se sentara frente a él mientras los estudiaba.

Al cabo de media hora, Nick con el ceño fruncido, no parecía estar muy satisfecho. Pero en vez de dar por terminada la visita de Dani, le ofreció una copa de champán y puso a arder un leño más en la chimenea. Y luego…

En el estudio de Nick, un reloj dio las doce campanadas.

—¡Es Año Nuevo! —exclamó entonces él—. ¿Por qué no lo empezamos como Dios manda?

Y de pronto, Dani se encontró entre sus brazos besándolo amistosamente en los labios. Aquella noche, ella estaba muy vulnerable. Era el aniversario de la muerte de Peter, el día en que su marido, antes de fallecer en accidente de coche, le había comunicado su intención de divorciarse de ella.

Aquella noche, al cabo de unas horas Nick partiría hacia Europa. Dani se sentía muy sola y carente de apoyo. Al menos, así fue como ella había racionalizado al día siguiente lo ocurrido durante la madrugada. Nada más salir el sol, Dani recuperó la cordura.

Lo cierto fue que aquel beso la perturbó completamente. Tenía sabor a pasión y a champán. No era muy propio de un hombre tan frío. Esa contradicción intrigó a Dani y le hizo devolverle el beso con el mismo ardor. En aquellos instantes, Nick estaba tan emocionado que le habría entregado todo lo que ella le hubiese pedido. Y aún más…

Sinceramente, Dani no pensó en el momento las consecuencias que podría tener el encuentro. Su mente estaba ocupada con otros asuntos. El beso familiar dio paso a un verdadero intercambio de pasión fogosa. A Dani le irritó ver la camisa y la corbata de Nick y se los quitó arrebatadamente. Había en él una expresión de cautela que no dejó de sorprenderla. Sin embargo, no tuvo ocasión de preguntarle el motivo.

Su atención fue atraída por otra cosa.

El aspecto del abdomen masculino la había dejado atónita. Se

trataba del torso más musculoso que había visto en su vida. La piel estaba bronceada y salpicada en el centro por un montón de vello oscuro. ¿Cómo le podía haber pasado a Dani desapercibido hasta entonces?

De inmediato, ella comenzó a acariciarle el pecho con toda la sensualidad de su tacto. Desplazó sus manos hacia abajo hasta llegar a la hebilla del cinturón.

Entonces, Nick la detuvo.

—¿Estás segura de que es lo que realmente quieres? —había dicho él—. Todavía puedes dar marcha atrás.

—Me temo que eso ya es imposible…

—No empieces algo que no estés dispuesta a terminar —le advirtió Nick abruptamente.

Dani tenía que haber sido menos impulsiva, pero el deseo pudo más que la prudencia, y se entregó a él con toda su alma.

Fue entonces cuando Dani se puso de pie junto a la chimenea y se quitó el vestido negro que llevaba. A continuación comenzó a deshacerse poco a poco de la ropa interior. Nick permanecía completamente inmóvil frente a ella.

—¿Nick?

—Por favor, dime que esto no es un sueño —le rogó él.

De inmediato, los cuerpos de ambos se unieron en un abrazo tan lleno de furor y ternura que a Dani le entraron ganas de sollozar. Lo que ocurrió a continuación cambió por completo el concepto de relación amorosa que tenía la joven. Nunca había gozado tanto haciendo el amor como con Nick.

Él le desveló el verdadero sentido del amor.

Tras su regreso, sentado en el despacho de Dani, el hombre le hizo de nuevo la misma pregunta.

—Tú tampoco puedes olvidar aquella noche, ¿verdad?

Dani cerró los ojos tratando de olvidar sus recuerdos, en vano. De hecho, nunca lo había conseguido.

—Tampoco puedo olvidar la mañana siguiente —sostuvo Dani con amargura.

—No podía hacer otra cosa que marcharme de ese modo —adujo Nick—. Lo sabes muy bien.

—¡No quiero discutir acerca de eso! —exclamó Dani con cierta desesperación—. El episodio fue una verdadera aberración.

—Pues nuestro hijo es el fruto de esa aberración —repuso Nick.

Dani se llevó las manos al abultado vientre.

—No quería decir eso… —dijo ella—. Lo cierto es que ansío tener este hijo.

—Yo también.

Nick lo decía en serio. Sin embargo, Dani se había pasado nueve meses pensando que el niño iba a ser solo de ella. Resultaba curioso pensar que Nick pudiera sentirse tan feliz ante el alumbramiento, puesto que habitualmente era tan poco sensible a las emociones.

—Parece que tenemos un pequeño problema entre manos —afirmó Dani.

—En absoluto —repuso Nick—. Yo tengo la solución, como ya te he dicho antes.

—Que nos casemos, ¿verdad?

—Eso es.

—¿Y qué pasa si yo no acepto? —preguntó Dani.

—Lo harás —aseguró Nick—. No tienes otra opción. Quieres que compre tu participación en SSI y montar tu propio negocio. Y no lo puedes hacer sin mi cooperación.

Dani no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Y el precio que tengo que pagar es el matrimonio?

Capítulo 2

—¿Cómo te encuentras?

Dani hizo una mueca, incorporándose en el banco de madera en el que estaba sentada. Nick y ella se encontraban en el pasillo del juzgado. Esperaban que llegara el juez y el resto de la familia para introducirse en la sala de vistas. Dani tenía muchas molestias en la espalda y no encontraba alivio con ninguna postura.

—Estoy completamente hinchada y dolorida —contestó ella.

Entonces, Nick le presionó con el puño la base de la espalda, reconfortándola notablemente.

—¿Qué tal? —quiso saber él.

—Mucho mejor —respondió Dani—. ¿Dónde has aprendido a hacer eso?

—Es pura intuición.

A Nick no le pegaba nada dejarse llevar por la intuición.

—Me gustaría comentar una cosa contigo —empezó a decir Dani al cabo de unos segundos.

—¿Más sorpresas? No me digas que vamos a tener gemelos…

Vamos… Nick había hecho alusión una vez más al vínculo que los unía, gracias al bebé.

—No, no voy a tener gemelos, al menos eso es lo que me ha dicho el doctor —repuso Dani—. Se trata de mi familia.

—Vendrán todos a la ceremonia, ¿verdad? —preguntó Nick.

—Sí, pero es que cuando les comuniqué lo de nuestra boda, se quedaron con la impresión de que… —dijo Dani—. De que lo hacíamos porque nos apetecía.

—Y así es.

—Sí, claro —asintió Dani—. Tú quieres casarte conmigo por el niño. Pero ellos piensan que es porque estás enamorado de mí. Y no tuve el valor de aclarárselo.

—¿Cómo se tomaron la noticia? —preguntó Nick.

—Les hizo mucha ilusión —respondió Dani.

En efecto, no solo habían aceptado el matrimonio de maravilla sino que realmente apreciaban a Nick. Siempre lo habían hecho. Incluso le habían tenido más afecto que a Peter, quien había resultado ser un hombre sin capacidad para amar a Dani, además de serle infiel. Pero, aunque Nick fuese un hombre de principios, no parecía mucho más capaz de quererla con pasión que su anterior marido.

—¿Tus padres te preguntaron por qué habíamos retrasado tanto el enlace? —quiso saber Nick.

—Sí —contestó Dani—. Les dije que habíamos retrasado la fecha

por lo reciente que estaba la muerte de Peter. No queríamos comprometernos hasta estar seguros de nuestros sentimientos.

—¿Y cómo reaccionaron? —preguntó Nick.

Dani se sonrojó.

—Según ellos, si estábamos seguros de nuestros sentimientos para acostarnos juntos, también podíamos estarlo para casarnos.

—Siempre me han gustado tus padres —sostuvo Nick, con humor —. ¿No te preguntaron por qué no nos habíamos casado cuando supimos que estabas embarazada?

—Les conté que tú no sabías nada del niño hasta que volviste de Europa —contestó Dani.

—Fuiste muy valiente —repuso Nick.

—Era la verdad —adujo ella—. Al menos en cierto modo.

—Ahora me vas a decir por qué no me lo comunicaste a mí de inmediato —le rogó.

—Pensabas estar fuera tres meses nada más —arguyó—. Creí que lo mejor era decírtelo en persona.

—Eso es lo que te has estado diciendo a ti misma todo este tiempo —sostuvo Nick—. Pero lo cierto es que tenías miedo.

Dani alzó el mentón, sin atreverse a mirarlo a los ojos.

—Es verdad que quería decírtelo en persona, te lo aseguro —afirmó ella—. Yo no tuve la culpa de que prolongaras el viaje otros tres meses más. La última vez que hablé contigo me dijiste que incluso podrías quedarte en Europa un año entero.

—Habría vuelto si me lo hubieras contado todo —adujo Nick—. Habría tomado el primer avión. Lo único que habrías tenido que decir era: «vuelve a casa».

A casa…

—De todas maneras habrías terminado por volver —dijo Dani, incómoda por las molestias de la espalda—. No podía dar crédito a mis ojos cuando, nada más oír el timbre de casa, te vi al otro lado de la puerta.

—Yo también estaba desconcertado —repuso Nick.

—Pues lo disimulaste muy bien —comentó Dani.

—Llevo años practicando esa actitud.

—¿Lo dices en serio? —preguntó, con gran curiosidad—. ¿Por qué habrías tenido que ocultar tus emociones durante todo este tiempo?

—Una gélida noche de invierno que estaba nevando fui consciente de lo innecesario que resulta manifestar las emociones.

—¿Y decidiste que la lógica prevalecería sobre tus sentimientos?

—Desde entonces, no he encontrado nada que me convenza de lo contrario.

—Debiste de sufrir un trauma muy grande —dedujo Dani—. ¿Qué te ocurrió exactamente?

Pero cuando Nick iba a contestarle, aparecieron los padres, hermanos y sobrinos de Dani en tropel. Como siempre iban riéndose y hablando todos al mismo tiempo.

—¡Enhorabuena! —exclamó la madre de Dani, que se llamaba Ruth—. No tenéis que preocuparos por nada porque todo está bajo control. ¡Por Dios, Danielle! No se te ocurra levantarte. Nick, ocúpate de que se encuentre cómoda durante la ceremonia.

Entonces, la madre acarició la mejilla de su hija y le dio un breve abrazo al novio.

Dani comprobó que Nick estaba desconcertado. ¡Al menos, estaba permitiéndose sentir!

—¿Qué estás tramando, mamá? —preguntó ella—. ¿Qué es lo que está bajo control?

—Pues la celebración, querida —respondió Ruth—. Vamos, chicas, hagamos que este matrimonio comience con buen pie.

Las hermanas de Dani se acercaron al banco del pasillo, llevando cada una un regalo.

La novia no pudo reprimir las lágrimas de felicidad. Pero también de apuro, por ocultarle a su familia la verdad.

—Primero te regalaremos algo antiguo —dijo Ruth, dándole un paquete pequeño y sentándose al lado de su hija—. Vamos, Dani, ábrelo.

Ella rompió el envoltorio y descubrió un pequeño objeto. Entonces, lanzó un grito de alegría.

—¡El colgante de la abuela! Oh, mamá, no comprendo como puedes deshacerte de él.

Al abrirlo apareció un portarretratos con dos instantáneas de Dani y Nick.

—En los otros huecos podéis poner la foto del bebé y la de su futuro hermanito —adujo Ruth, guiñando el ojo—. Teniendo en cuenta lo mucho que le gustan los niños a Danielle…

Dani se sonrojó ligeramente. A continuación, le entregaron otro paquete.

—¿Algo nuevo? —preguntó la novia abriendo el regalo.

Se trataba de una funda de almohada de color marfil con las iniciales *N* y *D* bordadas en seda.

—Como no sabíamos cuáles eran las medidas de la cama no hemos encargado el juego todavía, pero lo haré en cuanto vuelva a casa —explicó Ruth—. ¿Te gusta?

Dani respiró agitadamente. ¿Cómo no había pensado en aquello

antes? Para su familia, era evidente que tras la boda, Nick y ella tendrían que compartir casa y cama como auténticos esposos.

—Es… preciosa —murmuró Dani en voz baja.

—Ahora algo prestado —anunció su hermana mayor, llamada Jamie—. Llevé esta pamela el día de mi boda y, como te gustó tanto, pensé que era una buena idea regalártela.

El sombrero era de color marfil y tenía una cinta de seda con un lazo. Iba perfectamente con su vestido de novia, que era del mismo color.

—Muchas gracias, Jamie —dijo Dani, impresionada por el cuidado con que habían elegido los regalos—. Me encanta, de verdad.

Nick sacó con delicadeza la pamela de la caja y la posó sobre la cabeza de la novia.

—Estás muy guapa —comentó él—. Te sienta perfectamente.

—¡Eh, que aún no has abierto mi regalo! —dijo Kendell, la hermana menor, haciendo reír a todos con su tono lastimero.

—Veamos, me habéis regalado algo antiguo, algo nuevo y algo prestado —enumeró Dani—. Ahora me falta algo rojo.

En efecto, cuando abrió el paquete alargado, Dani sacó una liga de encaje negro adornada con una cinta de color rojo.

Cuando Kendell se fue a agachar para ponérsela, Nick le cogió la liga y se arrodilló en su lugar.

El novio tomó el zapato de Dani y se lo quitó dejando reposar el pie desnudo sobre uno de sus muslos atléticos. Poco a poco fue subiendo la banda negra y roja por la pierna hasta ser consciente de que las medias que llevaba Dani ya tenían una liga incorporada. A ella, el contacto ligero de su mano le resultó de lo más excitante.

Una ardiente sensación de calor que partía del pie le irradiaba por todo el cuerpo hacia lo más profundo de su ser.

—Es que mis medias ya tienen sujeción —explicó Dani, ante el asombro de Nick—. No necesito la liga.

—Es la primera vez que veo algo así —dijo el novio riendo—. Tú, nuestro hijo y las medias elásticas… Realmente, soy muy afortunado.

Ambos comenzaron a reír, pero pronto el humor desapareció de la mirada de Nick, quien se puso a observar a Dani con ojos soñadores.

—El embarazo ha realzado aún más tu belleza —comentó él.

—Oh, gracias, Nick —respondió Dani, verdaderamente emocionada.

—Siento interrumpir vuestra agradable conversación, pero es que os están esperando —les comunicó Kendell con sorna.

Nick lanzó un suspiro.

—Está bien, vamos a reunimos con el juez —concluyó el novio

ayudando a levantarse a la temblorosa Dani.

Mientras la familia de la novia entraba en la sala, Nick se quedó unos instantes rezagado en el pasillo. Parecía como si estuviera esperando a alguien.

—Nick, ¿a qué esperas para entrar? —le preguntó Dani.

—Ya voy.

¿A quién estaría buscando? Por lo que sabía ella, los padres de Nick habían fallecido y era hijo único. Puede que tuviera más familia y que los hubiese invitado.

Eso explicaba que estuviera aguardando hasta el último momento.

—Vamos, Nick —le instó Dani.

Pero cuando lo miró a los ojos pudo ver que su expresión estaba completamente helada. Parecía como si los recuerdos de un pasado infeliz lo hubieran atrapado súbitamente. ¿Qué es lo que habría causado ese cambio tan brusco de actitud, tras las bromas y las risas llenas de ternura? Sin duda, tenía que ver con las personas que no terminaban de aparecer por el pasillo.

Finalmente, Nick se dirigió a la novia de manera rígida y distante.

—¿Estás lista?

—Sí ¿y tú? —preguntó Dani con aprehensión.

El semblante de Nick estaba ausente y sus ojos parecían de acero..

—No hay por qué esperar más —concluyó el novio, tomando por el codo a Dani—. Vamos, tenemos que entrar ya.

Capítulo 3

El juez Larson actuó como un hombre austero y gran conocedor de la naturaleza humana.

Esperó a que todo el mundo se introdujera en la sala y luego dirigió una mirada grave a los novios.

—Parece que os ha tomado un tiempo decidiros… —comentó secamente el juez.

—Hemos retrasado la boda por mi culpa —adujo Dani, que no quería que Nick cargara con la responsabilidad de lo acontecido.

—En ese caso, me alegro de que Nick te convenciera para que te casaras con él a tiempo —contestó el juez—. Es una gran persona.

—Lo sé —asintió Dani.

Nick rodeó la cintura de la novia.

—Henry, ¿te importaría que Dani se sentara en tu asiento durante la ceremonia? —le rogó el novio—. No quiero que esté de pie más tiempo de lo necesario.

Agradecida, Dani le sonrió y él le devolvió la sonrisa, iluminándosele la expresión del rostro. Lo cierto era que la novia tenía un dolor en la base de la espalda que no la había abandonado en todo el día.

De pronto, Nick posó su mano sobre el vientre de Dani, de forma posesiva.

—Sé que te he presionado para que te casaras conmigo… —dijo él —. Pero si no estás convencida, todavía estás a tiempo de cambiar de opinión.

Esas mismas palabras las había dicho la noche en que concibieron al bebé. Nick le estaba sonriendo cálidamente como lo hiciera al inicio de aquella memorable velada.

—No puedes olvidar aquella noche, ¿verdad? —prosiguió él.

¡Cómo era posible que pudiera leerle el pensamiento!

—Si no quieres que la recuerde, no me sonrías de ese modo —repuso Dani—. Ya sabes lo que ocurre cuando lo haces.

—¿Quieres decir que con solo una sonrisa puede producirse algo tan maravilloso como lo que pasó en Fin de Año? —preguntó Nick—. ¡Tendría que haberme dado cuenta hace años!

Mientras tanto los familiares de Dani estaban charlando sentados en los bancos.

Ella fue consciente de repente de que algo tan sencillo como el hecho de respirar le resultaba increíblemente difícil.

—Nick, creo que no tenemos mucho tiempo —le advirtió Dani al novio.

—No te preocupes, estaré a tu lado —le aseguró.

El juez Larson le cedió su asiento.

—¿Estás lista, Dani? —le preguntó Nick discretamente.

Era el momento de decidir si se echaba atrás o le daba un padre a su hijo.

Respiró profundamente y contestó.

—Sí, estoy lista.

Nick le apretó ligeramente la mano.

—Puedes comenzar, Henry —le rogó el novio al juez.

Entonces fue cuando todo comenzó.

Dani se quedó sin respiración y el dolor concentrado en la espalda se convirtió en una contracción. Enseguida le lanzó una mirada llena de pánico a Nick, que comprendió lo que ocurría de inmediato.

—Henry, ¿te importaría celebrar una boda rápida?

El juez comprendió en el acto lo que estaba ocurriendo. También sabía que era mejor no decir nada a los familiares de Dani. Si descubrían que ella estaba de parto, ya nadie se ocuparía de la boda y esta se pospondría hasta mucho más tarde.

—Sí, realmente tengo un horario muy apretado esta mañana, y apenas dispongo de tiempo —arguyó Larson—. Por eso, si nadie pone ninguna objeción procederé a declararos marido y mujer lo más rápido posible.

—¡En realidad, la boda debería haberse celebrado hace nueve meses! —exclamó Ruth muy en su papel de madre.

Entonces Dani tuvo otra contracción.

—¡Henry, deprisa! —gritó Nick.

—Estamos aquí reunidos… —comenzó Larson.

—Un momento —le interrumpió el padre de la novia, que se llamaba Austin.

Era la primera vez que hablaba en toda la mañana.

—Se supone que la novia tiene que llevar un ramo de flores —prosiguió Austin.

—Papá, no necesito flores, te lo aseguro —dijo Dani, respirando con dificultad.

—Creo que hay un puesto en la calle donde podremos comprar un bonito ramo —insistió el padre.

—De acuerdo —accedió Nick—. ¿Un voluntario para ir a comprar flores?

Por fin, Christopher, uno de los sobrinos de Dani se ofreció para salir a la calle.

Cuando el juez iba a continuar con la celebración, una de las niñas propuso que se demorara el enlace hasta que volviera su primo.

—Lo siento, querida, pero el juez Larson tiene un horario muy

apretado —le aseguró Nick.

—Es cierto —confirmó Larson—. Es más, creo que me voy a pasar a la versión más breve de todas. Nicholas Colter, ¿aceptas por esposa a Danielle Sheraton?

—¡Qué raro! —exclamó Ruth—. Se está saltando toda la ceremonia.

—Sí, quiero —contestó Nick—. ¡Date prisa, Henry!

—Y tú…

—Sí, claro que quiero.

—¡Pero si todavía no te ha hecho la pregunta! —exclamó Austin—. ¡Que boda tan rara!

—Ya la oí en mi anterior matrimonio, papá —arguyó Dani—. Ahora lo único que cambia es el hombre que tengo a mi lado.

—Cosa que es de agradecer —comentó Ruth en voz baja.

—¿Tienes el anillo, Nick? —preguntó Henry con prisa.

—Aquí está —respondió Nick, poniéndoselo a la novia en el dedo.

Y sin esperar la bendición del juez, Nick se dirigió a su esposa.

—Ya eres mía, Danielle Colter. Para lo bueno y para lo malo, en la salud y en la enfermedad. No tienes escapatoria.

—Qué cosas dices, Nick —comentó Dani—. Me gustaría poder ofrecerte un regalo…

—No te preocupes, querida, pronto lo vas a hacer —repuso él.

—Yo os declaro marido y mujer —continuó el juez—. Nick, puedes besar a la novia.

El hombre miró a su esposa y enseguida supo que no tenía tiempo de hacerlo.

—No es el mejor momento: por favor, hacednos un hueco para pasar —le rogó Nick a los congregados, deslizando entre los bancos el asiento con ruedas donde estaba sentada Dani.— Henry, ¿podrías pedirle a un coche de policía que nos acompañara al hospital?

—Los llamaré por teléfono, no te preocupes Nick —respondió Larson.

—¡Oh, cielos, Danielle está de parto! —exclamó Ruth, consciente de lo que estaba ocurriendo—. Más vale que te des prisa, Nick, o tendrá el niño en el juzgado.

Los esposos salieron al pasillo. Nick empujaba la silla con ruedas y Dani se sujetaba la pamela de color marfil.

—Aguanta, querida —dijo Nick—. La policía nos está esperando fuera.

Pero cuando fueron a doblar una esquina se toparon con una abogada que iba cargada de papeles. Inmediatamente, estos cayeron esparcidos por todo el suelo.

—Quizá deberíamos ayudarla —sugirió Dani.

—Lo hará tu familia —respondió Nick, sin aminorar la marcha.

Sin embargo, cuando miró por encima del hombro, vio que Ruth y los demás no se habían detenido y los estaban siguiendo de cerca. En aquel instante, la abogada lanzó un gemido de desesperación y el resto de la gente se echó a reír.

Por fin llegaron a la entrada del juzgado.

—Final de trayecto, querida —anunció Nick animadamente.

—¿Qué ocurre?

—Tenemos que bajar los escalones. Mira allí está la patrulla de policía.

Nick tomó en brazos a su esposa y bajó las escaleras. Podía notar la fuerza de las contracciones en el vientre de Dani.

¡Qué situación! No debería haber permitido que la ceremonia se llevara a cabo.

Había sido puro egoísmo por su parte. En vez de celebrarse la boda tendría que haberse llevado a Dani directamente al hospital. Si algo le ocurría al bebé no se lo perdonaría jamás.

Nick depositó a su esposa en el suelo.

—Oh, querido… —murmuró Dani.

—¿Qué te pasa? —preguntó alarmado Nick—. Por favor, agentes, no dejen que mi esposa dé a luz en la acera.

—Creo que he roto aguas —respondió Dani.

Un policía muy joven se reunió con ellos rápidamente.

—Por favor, llévenos al hospital —dijo Nick—. Mi mujer está de parto. ¿Tiene una manta por ahí?

Afortunadamente, el agente era eficiente y en un instante le tendió una manta a Nick, que se ocupó de instalarla en la parte trasera del coche patrulla. Los hombres se subieron al vehículo e inmediatamente comenzó a sonar la sirena, al mismo tiempo que se ponían en marcha las luces de emergencia.

Nick se dio cuenta de que el policía no debía de tener mucha más experiencia que él en la materia.

—¡Las contracciones se van haciendo cada vez más frecuentes! —exclamó Dani, sin aliento.

Entonces el agente pisó el acelerador. Parecía como si le hubiese leído el pensamiento a Nick.

—Por favor, querida, aguanta otros cinco minutos más —le rogó el esposo a Dani—. Solo cinco minutos.

—No puedo esperar, necesito empujar ya —gritó ella.

—¡No!

—¡Sí! Es mi hijo y sé lo que me está pasando —dijo Dani.

—Se supone que tienes que respirar —le instó Nick.

—Ya lo sé, pedazo de idiota —respondió Dani—. He asistido a las clases de preparación al parto.

Nick se sintió fatal de repente imaginándose sola a Dani en los cursos, o acompañada por otra persona.

—¿Y te están sirviendo de algo? —quiso saber Nick.

—Pues, claro —respondió Dani—. Llevo respirando profundamente desde hace una buena media hora.

—Trata de jadear —le sugirió Nick.

—No digas estupideces —repuso Dani—. Si no querías verme de parto, no haberme dejado embarazada. Lo único que quería era acostarme contigo. No pretendía tener un hijo.

El agente pareció incomodarse.

—Bueno no tuve la mínima intención de dejarte embarazada a propósito —dijo Nick con una leve sonrisa que se guardó mucho de ocultar a Dani.

—No creas que eso hace que me sienta mejor —repuso ella—. Aunque no lo hubieras planeado, debiste pensar en esa posibilidad cuando me sedujiste. Se supone que el cerebro de la operación eras tú.

—Por si no lo notaste, no fue mi cerebro lo que estuvo funcionando esa noche —se justificó Nick.

—¡Oh, estupendo! —exclamó Dani—. Decides echar una cana al aire por primera vez en tu vida y mira lo que me haces.

El policía miró a Nick por el retrovisor.

—Debe estar en la fase de transición —sostuvo el agente—. Es la peor etapa del parto, la más dolorosa. Es cuando las mujeres comienzan a decir cosas realmente desagradables sin ser conscientes de ello.

—¡Claro que soy consciente de lo que estoy diciendo! —repuso Dani—. Se suponía que íbamos a pasar una noche inolvidable. Y está claro que no voy a poder olvidarla…

Nick enarcó una ceja.

—¿Inolvidable? —preguntó él.

—De acuerdo, espectacular —concedió ella—. Pero debería haber sido mejor aún.

Nick estaba tratando por todos los medios de seguir la lógica de Dani.

—¿Qué es lo que debería haber sido mejor?

—Habría necesitado muchas más noches espectaculares como aquella para compensar lo mal que lo estoy pasando —sostuvo Dani —. Puede que me merezca meses o quizá años a base de noches espectaculares.

—Veré lo que puedo hacer la próxima vez —dijo Nick.

—No habrá una próxima vez, ¿me oyes? —repuso Dani, tomándole las solapas del esmoquin—. Tuviste una oportunidad y, verdaderamente, diste en el blanco. ¡Te felicito, cariño!

—Está claro que es la fase de transición —murmuró el policía.

Nick la estaba contemplando con sus rizos empapados de sudor, sin desanimarse por ninguno de sus comentarios. Ya estaban casados y él tenía un año entero para hacerla cambiar de opinión.

—Sin embargo, fue una experiencia maravillosa, ¿verdad querido? —prosiguió Dani—. Pero… ¡no tenemos ningún nombre preparado para el bebé!

Había pasado del enfado a las lágrimas.

—Si es un niño lo llamaremos Austin, como tu padre —propuso Nick—. O

Richard, como tu hermano. Y si es una niña… ¿Qué te parece Abigail?

—Abigail —repitió ella—. Me gusta. Resulta un poco anticuado, pero es bonito.

—Entonces estamos de acuerdo ¿no? —concluyó Nick.

—¿Y por qué no le ponemos el nombre de tu padre si es niño? —quiso saber Dani—. ¿Acaso no te haría ilusión?

—Creo que Austin se pondría más contento.

Dani tuvo otra contracción.

—Cielo santo, Nick —dijo ella—. ¿Por qué tendrá que doler tanto tener un hijo?

Nick detestaba serle de tan poco ayuda.

—Si pudiera ponerme en tu lugar y evitarte el dolor, lo haría de inmediato —añadió él.

—Resultaría imposible —repuso Dani con tristeza.

Se trataba de una conversación irracional, completamente ridícula. Pero estaba sirviendo para evitar que el niño naciera antes de tiempo.

—¿Por qué sería imposible? —preguntó Nick.

Justo en ese momento llegaron a la entrada de urgencias del hospital. Dani miró a su marido a los ojos con desolación.

—Porque eres incapaz de sentir.

Nick acudió al hospital a ver a Dani con un gran ramo de flores, sintiéndose más torpe que en toda su vida.

Cuando ella lo divisó esbozó una amplia sonrisa.

—¿Son para mí? —preguntó Dani—. No tenías por qué haberte molestado en comprarlas.

—Tu sobrino Christopher no tuvo ocasión de dártelas durante la

ceremonia. Y Austin tenía razón: es preciso que te regalen flores el día de tu boda.

Nick caminó hasta la cama y le tendió el ramo cuyos colores vistosos destacaban junto al color marfil del camisón de Dani. Su marido tomó dos capullos y se los puso entre los rizos del pelo. En aquellos momentos, ella se parecía más a una novia que a una madre que acababa de dar a luz.

—Te mereces mucho más, pero por el momento creo que esto puede valer —comentó Nick.

—Gracias, son preciosas —repuso Dani—. Y hablando de cosas bellas…

Nick miró en dirección a la cuna que estaba junto a su mujer. La emoción lo embargó al descubrir a su hija. Tardó unos segundos en atreverse a tomarla en brazos. Era una criatura perfecta.

—¿No quieres cogerla? —le susurró Dani.

—¿No te importa que lo haga?

—Por supuesto que no, eres su padre —contestó Dani.

Con un cuidado y una delicadeza exquisitos, Nick sostuvo al bebé por la espalda y la cabeza, y lo tomó en brazos. Dani observaba la escena con satisfacción. A continuación la pequeña emitió un bostezo y se quedó dormida al instante. Nick no podía creerlo: era una criatura tan pequeña…

—Abigail —murmuró el hombre—. Mi querida Abigail.

—¿Es un nombre de familia? —preguntó Dani con curiosidad.

—No, no es más que un nombre cualquiera…

De pronto apareció una enfermera transportando una cuna con ruedas.

—Siento tener que llevarme a la niña, pero el doctor quiere examinarla brevemente —dijo la mujer—. Además, su mamá tiene que descansar.

Y con mucha destreza, tomó al bebé y lo colocó en la cuna, desapareciendo de la habitación con rapidez.

Nick se sintió completamente vacío de repente. Necesitaba tener de nuevo a su hija entre sus brazos. Aunque solo había estado en contacto con ella unos minutos, se había creado un vínculo imborrable entre los dos. El hombre ansiaba poder volver a verla, oírla y, sobre todo, protegerla.

Dio un paso hacia la puerta. Pero de pronto se vio dividido entre su papel de padre y el de esposo. Dudó, pero al final venció el segundo. Se acercó a la cama de Dani, que tenía ojeras y aspecto de estar agotada.

—En menos de veinticuatro horas has asistido a tu propia boda y

has tenido un hijo —afirmó Nick—. Es una proeza.

—Es que no me gusta perder el tiempo —repuso Dani, con una sonrisa.

Ella pareció querer decir algo más, pero se abstuvo de hacerlo. Entonces Nick sintió miedo. ¿Acaso querría rogarle que la dejara marchar? Una vez había nacido Abigail, ¿querría pedir el divorcio sin más dilación?

—¿Qué te ocurre? —preguntó él finalmente, sin mostrar sus emociones.

—Yo… te debo una disculpa —respondió ella—. Te dije cosas terribles en el camino hacia el hospital. Espero que no me las tengas en cuenta. No sé muy bien qué me ocurrió. Y lo siento porque no te lo mereces.

Nick sonrió aliviado.

—Oh, no es necesario que te disculpes. No me ofendiste en absoluto.

—Me alegro, porque sin ti no habría podido hacer frente al nacimiento de Abigail —afirmó Dani—. Si hubiese estado con mi familia no habría sido igual…

En efecto, no habría sido una experiencia tan maravillosa. Nick había estado con ella hasta el final del parto. Ella le había hecho toda una serie de confesiones, entre esfuerzos y jadeos. Dani le había confesado que siempre había ansiado tener un niño, pero no una niña ni gemelos. Sin embargo, en aquel momento lo que importaba era que el bebé estuviera sano.

Luego Dani sintió remordimientos. Durante los nueve meses había estado tentada de tomar el teléfono, y llamar a Nick, pero estaba demasiado atemorizada. Él se habría empeñado en casarse con ella y Dani le tenía demasiado miedo a un segundo matrimonio.

Nick lo sabía, como sabía que su anterior matrimonio no había funcionado bien.

Pese a su encanto y simpatía, Peter era una persona tremendamente egoísta. Más que dar estaba acostumbrado a recibir amor. Y trataba de disfrutar de la vida al límite.

Nick también tendía a recibir más que a dar. Aunque era más serio que su amigo, siempre había vivido aislado de los demás, recluido en su mundo solitario.

Por eso ansiaba lo que podía ofrecerle Dani, con aquellos bellos ojos profundos y oscuros. Nick quería unirse a su calor para darle todos los cuidados y la pasión que se merecía, viviendo junto a la hija de ambos.

En la fase final del parto, cuando apareció la criatura, el doctor le

había anunciado:

—Es una niña.

—Abigail —murmuró entonces Nick.

La cría había emitido un espeluznante llanto como primera manifestación vital.

Aquello llenó de satisfacción al padre que continuó murmurando:

—Está diciendo: «mi padre se alegra».

—Entonces, ¿no estás enfadado? —preguntó Dani.

—No, querida, no me has molestado con tus palabras —contestó Nick—. Ahora necesitas descansar. Más vale que me vaya.

—¿Nick? —dijo Dani—. Gracias por todo… Por la boda y por haber estado a mi lado cuando te necesitaba.

—De nada —respondió Nick—. Antes de marcharme voy a hacer algo que no he podido hacer en todo el día.

—¿El qué?

—Besar a la novia.

Nick no esperó a que Dani reaccionara.

Se inclinó sobre ella y la besó en los labios. Lo que iba a ser un contacto breve y superficial se convirtió en una profunda incursión en la deliciosa e irresistible boca de su mujer. Cuando finalmente, ambos se separaron, ella dio un profundo suspiro para recuperar el aliento. Nick percibió su cálida respiración con verdadera delectación.

Entonces recordó la maravillosa noche de Fin de Año. Desde que estaba casado con Dani y había nacido la pequeña Abigail, se había creado una unión muy fuerte entre los dos. Por eso no iba a permitir que ella se fuera de su lado cuando finalizara el año. Ni nunca jamás.

—¿Volverás pronto? —preguntó Dani con voz soñolienta.

—Por supuesto, querida —respondió Nick—. Puedes estar segura de que volveré enseguida.

Nick descolgó el teléfono con manos temblorosas. Estaba atemorizado y tenía el ceño fruncido. Sin embargo, estaba tan contento por el nacimiento de su hija que estaba empeñado en realizar esa llamada. Pero no debía abandonarse a sus emociones.

Trató de recuperar las riendas de la situación evocando la desagradable escena que lo atormentaba desde su infancia. La nieve lo cubría todo y el cielo estaba cubierto por completo con nubes que ocultaban el sol. No había vida ni movimiento.

La imagen no le suscitaba dolor, ni siquiera paz. Simplemente la percibía tal cual.

De ese modo recuperó el control. Entonces, descolgó el teléfono con determinación y marcó un número. La señal sonó cuatro veces, como era habitual. Luego se oyó la voz de un contestador automático:

«Ahora no podemos ponernos al teléfono. Por favor, deje un mensaje tras oír la señal».

—Hola, soy Nick —le comunicó al aparato—. Pensé que os gustaría saber que acabo de tener una hija. Se llama Abigail y es preciosa. Se encuentra perfectamente. Por favor, llamadme cuando tengáis ocasión y fijaremos una fecha para que la conozcáis. ¡Ah! Y la boda fue maravillosa. Es una pena que os la perdierais.

Después Nick colgó el aparato.

Capítulo 4

Dani esperó con verdadera impaciencia que volviera Nick al hospital. Ella tenía ganas de marcharse pronto y alejarse de todo el personal médico que se entrometía una y otra vez en su intimidad con el bebé.

Pero el caso era que Nick no acababa de aparecer.

—Tienes que ser paciente —le aconsejó Ruth.

—Pero, ¿y si no vuelve? —preguntó Dani inquieta.

—No creo que pueda olvidar a la que ha sido novia y madre en menos de veinticuatro horas —repuso Ruth.

—Si quieres podemos llevarte a casa —propuso Kendell.

—¡Ni hablar! —exclamó Ruth—. No pienso interferir en los asuntos familiares de Nick de ese modo.

En ese preciso instante él apareció por la puerta. Llevaba unos vaqueros deslavados y un jersey de algodón que destacaba los poderosos músculos de su espalda.

—Hola, Nick —lo saludó Dani—. Pero si es martes, ¿cómo es que no llevas traje y corbata?

—Es que hoy no voy a la oficina —respondió Nick.

—¿Que no vas a la oficina? —repitió Dani sin poder dar crédito a sus oídos.

—Eso he dicho.

Al cabo de unos instantes, Austin empezó a hablar.

—Tienes una hija preciosa. ¡Enhorabuena!

—Has llegado en el momento preciso —dijo Ruth—. Parece que va siendo una costumbre. Cuida bien de tu familia, Nick.

Él sonrió.

—Sabes que lo haré.

A continuación, los padres de Dani y su hija menor se marcharon a casa.

—¿De qué estabais hablando cuando he llegado a la habitación? —preguntó Nick.

—Kendell se había ofrecido para llevarnos a la niña y a mí a casa —respondió Dani.

—¿Querías irte a casa sin mí? —preguntó Nick.

—Iba a rechazar la propuesta cuando mi madre se anticipó —contestó Dani.

Ella no estaba segura de que Nick fuese a creerla. Y podía entenderlo perfectamente. Durante el embarazo, lo había privado de nueve largos meses llenos de sensaciones y sentimientos irrecuperables. Es más, si hubiera sido por ella, habría dado a luz sin su presencia. Por primera vez, se sintió avergonzada.

Si Nick le hubiera hecho algo parecido, no se lo habría perdonado jamás.

Sin embargo, a pesar de su furia, él se había portado con ella respetuosa y atentamente. Era cierto que la había presionado para que se casaran. Pero, al fin y al cabo, Dani podía comprender la razón, pese a que la molestara. Para Nick, debía de haber resultado espantoso que su hija llevara el apellido de Peter, dada la animadversión que existía entre los dos.

—Lo siento mucho, Nick —dijo Dani.

El hombre se acercó a la cuna y acarició la suave mejilla de su hija.

—Nick… —insistió Dani.

—¿Te ha dado el alta el doctor? —preguntó él—. Voy a preguntarlo y, si es así, volveré con una silla de ruedas para llevarte al coche. He comprado un asiento especial para el bebé. Por eso he llegado tarde.

Dani se sentía fatal. Había pensado mal de Nick, y sin razón.

Finalmente, él volvió con una silla de ruedas y Dani tomó a Abigail en sus brazos.

Los tres se marcharon a casa.

El trayecto fue insoportable. Aunque estuvo atento, Nick se había retraído a un lugar remoto en lo más profundo de su mundo interior. Y Dani no podía acompañarlo. Llegaron por fin a la casa de Dani. O, mejor dicho, a la de Peter, lo que produjo una sensación de malestar en Dani. Y, por supuesto, también en Nick.

Antes de salir del coche comenzaron a charlar.

—Cuanto antes salgas de esta casa, mejor —dijo él.

—Yo también estoy deseando salir de esta monstruosidad; es demasiado grande —comentó Dani.

—No me refiero a eso —continuó Nick—. Me gustaría que Abigail y tú vinierais a mi casa. Es lo suficientemente amplia como para que os instaléis allí conmigo.

—No pienso irme a vivir contigo —declaró Dani rotundamente.

—¿Ah, no? —repuso Nick—. ¿Y qué les vas a decir a tus padres? Ellos piensan que vamos a convivir bajo el mismo techo.

—Nuestro trato incluía un matrimonio por un año a cambio de mi participación en SSI —afirmó Dani—. Pero no hablaba de que tuviéramos que compartir cama. Simplemente, te digo «no».

—La última vez que me dijiste «no», no pudiste oponerte a mi estrategia…

—Lo que ocurrió en Fin de Año fue un accidente, un error, una relación esporádica —adujo Dani—. Pero, desde luego, no es un fundamento sólido para un matrimonio.

—¿Ah, no? —dijo Nick acercándose a Dani para besarla.

—Por favor, no. Otra vez, no…

—¿Acaso no te gustan mis besos? —preguntó Nick.

Ese era el problema. A Dani le gustaban sus besos y todo lo que tenía que ver con aquel hombre. Le encantaba su tacto, su sabor y sus caricias. Pero también le gustaba muchísimo el pastel de manzana y no por ello abusaba de él.

—¿Por qué yo, Nick? —preguntó Dani.

—Porque tú me das todo el calor que necesito —respondió él brevemente.

Aquel anhelo que sentían el uno por el otro no era amor. Debía de ser lujuria, apetito sexual, pero no amor. Ella no podía confiar en alguien que le ofreciera ese sentimiento. Para ella, el amor no era más que dolor y desilusión. No podía permitirse cometer una vez más el mismo error.

Nick rozó con sus labios los de Dani sellando así su unión. De ese modo los pensamientos y las dudas se disolvieron.

¿Cómo podía haber olvidado ella lo mucho que le afectaba la presencia de Nick?

Aunque él era un hombre disciplinado, al entrar en contacto con la piel de Dani perdió el control por completo. Comenzó a engatusarla y excitarla con la lengua, para después exigirle una respuesta llena de pasión. Nick hundió sus manos en el cabello de Dani y ambos continuaron besándose siguiendo el ritmo que emanaba de sus emociones. Dani notó como si tuviera mariposas volando en el interior de su vientre.

¿Cómo era posible que ella sintiera tanto deseo de hacer el amor si acababa de dar a luz a su hija?

De pronto, recordó a Abigail. Se deshizo del abrazo de Nick y se dio la vuelta para comprobar que el bebé se encontraba bien en su asiento.

Luego volvió a mirar a Nick. Ambos permanecieron en silencio unos instantes.

Luego él la tomó por la barbilla.

—Puede que lo que sientas por mí no sea un fundamento sólido para nuestro matrimonio. Pero es un buen comienzo. Lo quieras o no, somos una familia. Y quiero que sepas que no voy a renunciar a vivir con vosotras.

—Nick, sé que debí comunicarte lo de mi embarazo, pero no estoy preparada para vivir en pareja una vez más.

—Pero, querida, ¿me has hecho probar las delicias de tu ternura y tu calor y ahora pretendes que te deje marchar?

—Pero yo no puedo amarte —repuso Dani con dolor.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho —respondió Dani—. Porque mi relación contigo no sería muy distinta de la que mantuve con Peter. Y no podría enfrentarme a una unión sin afecto.

—¡Pues no vas a tener más remedio que permanecer a mi lado durante el próximo año!

Entonces Nick salió del coche. Luego ayudó a bajar a Dani. Entre los dos sacaron a Abigail y se encaminaron a la entrada de la casa.

Dani pulsó el código de seguridad tres veces antes de que Gem se dignara a abrir la puerta.

En cuanto estuvieron dentro, Nick se dirigió a la computadora.

—Puesta a punto del sistema —dijo el hombre—. Aquí Colter 0—0—1.

—Bienvenido a casa, señor Colter —respondió Gem.

—¿Tienes una muestra de la voz de Dani en la memoria? —preguntó Nick al ordenador.

—Afirmativo, señor Colter.

—A partir de ahora deberás responder a todas sus peticiones nada más oír su voz —ordenó Nick—. ¿Queda claro?

—Espera un momento —dijo Dani—. ¿Esto significa que podría haberme evitado memorizar todos esos malditos códigos desde hace años?

—Pues, sí…

—¿Y por qué has permitido que Peter y yo estuviéramos dependiendo de alarmas, de números y demás obstáculos? —preguntó Dani.

—Pensé que era eso lo que esperabais de Gem.

—¡Podría matarte! —exclamó Dani—. O sea, que nos podíamos haber evitado tantas molestias…

—Sí… —contestó Nick—. Peter no tenía más que haber empleado cinco minutos en leerse las instrucciones del sistema de seguridad, en vez de ir al golf. Él me pidió que programara a Gem y así lo hice.

—¡Eres un hijo de perra! —exclamó Dani—. Lo hiciste a propósito…

—Estás equivocada —repuso Nick—. El hijo de perra era Peter. Solía ir arrogantemente por la vida, en su papel de hijo del presidente de la compañía. Esperaba que todo le fuese dado con facilidad en vez de aprender el negocio y enterarse de las cosas.

—Yo sí leí las instrucciones —aseguró Dani—, Creí entender que no era posible hacer funcionar a Gem simplemente con el sonido de la voz.

—Estabas equivocada. Si hubieras venido a mi despacho a preguntármelo te lo habría dicho. Habría efectuado el cambio de programación.

Estaba claro que el que había sido copropietario de SSI no tenía la menor idea de lo que ocurría realmente en la empresa. A Peter no le habría hecho ninguna gracia descubrirlo.

Entonces Abigail se despertó lanzando un lamento que parecía propio de una niña de dos años.

—¡Esta cría es todo pulmones! —exclamó su padre.

—Y también estómago —concluyó Dani olvidando su enfado—. Voy a darle el pecho enseguida.

Al menos, lo intentaría. Lo cierto era que no se le daba demasiado bien ese aspecto de la maternidad, como buena madre primeriza. Dani y su hija se alejaron por el pasillo en dirección a los dormitorios.

—¿Señor Colter? —dijo Gem.

—Sí, Gem —contestó Nick—. ¿Qué ocurre?

—Identifique ese ruido —contestó la computadora, haciendo sonar una grabación del gemido de Abigail.

—Se trata de mi hija, que se llama Abigail —repuso Nick.

Hubo una pausa durante la cual Gem debió de buscar el significado de la palabra hija en su memoria.

—¿Ha producido usted una unidad de reproducción femenina? —preguntó la computadora.

—Sí, Gem —contestó Nick—. Y además debes saber que la señora Sheraton ahora es la señora Colter. Ella es mi esposa y la madre de Abigail.

—Un momento. ¿Se ha unido usted en matrimonio con la señora Sheraton—Colter? —preguntó la computadora.

—Ahora es simplemente la señora Colter, o sea que borra de tu memoria el nombre de Sheraton.

—¿La señora Colter dio a luz una unidad de reproducción femenina? —quiso saber Gem.

—Así es —respondió Nick—. Por cierto, Gem, cada vez que Abigail llore durante más de tres minutos, debes alertar a Dani.

—¿Cuál es la explicación lógica? —preguntó la computadora.

—Ese ruido quiere decir que la unidad de reproducción femenina necesita ser atendida, y teniendo en cuenta lo enorme que es esta casa, puede que Dani no la oiga.

—Afirmativo, señor Colter.

—Ah, y… Gem, conecta el monitor de vídeo en cuanto ocurra algo inusual.

—Defina la palabra inusual.

—Inusual es algo que se desvía de la rutina habitual de la vida de Dani. ¿Entendido?

—Entendido. Que tenga un feliz día, señor Colter.

A continuación, Nick abandonó la casa dejando a su familia recién estrenada.

—¿Señora Colter?

Dani se despertó con un gruñido, desconcertada.

—Gem, ¿eres tú?

—Afirmativo, señora Colter.

—¿Qué ocurre?

—La unidad de reproducción femenina Abigail ha estado emitiendo un sonido agudo durante tres minutos y dos segundos. Tengo instrucciones de alertarla notificándoselo.

—¿Abigail está llorando? —preguntó Dani, saltando de la cama inmediatamente.

Cuando llegó a la habitación de la niña, la tomó en sus brazos, molesta por no haberla oído llorar. Tenía hambre. Dani se sentó en una mecedora que había junto a la cuna y se desabrochó el camisón.

Era la quinta vez que trataba de darle el pecho al bebé. La primera vez lo había hecho en presencia de la enfermera, que le había estado dando instrucciones.

Aunque Dani había pensado hasta entonces que aquello debía de ser algo instintivo y sencillo, lo cierto era que no resultaba fácil.

De pronto, Dani fue consciente de que había sido Nick el que había programado a Gem para que la avisara cuando llorara la niña. Pero también se dio cuenta de que él lo había hecho por pura preocupación por ellas dos.

Para desesperación de Dani, Abigail no quiso ponerse a mamar.

—Vamos, tesoro, tienes que comer —animó la madre al bebé.

Pero Abigail no parecía muy conforme. Se puso a llorar. Luego pareció querer succionar el contenido del pecho durante unos segundos. Pero, de nuevo, comenzó a llorar con frustración.

Dani se puso a acunarla en la mecedora sin saber muy bien qué hacer. ¿Por qué no querría mamar? ¿Cuál sería el problema? Los ojos de la madre se inundaron de lágrimas. Estaba realmente desesperada. Había deseado tanto ser madre que se imaginaba que, llegada la ocasión, tendría verdaderamente dotes para serlo. Al fin y al cabo, no había nada más natural que darle el pecho a un hijo y ella tenía los senos duros y repletos. Sin embargo, cuando Abigail chupaba no salía leche.

—¿Señora Colter?

—¿Sí? —respondió Dani llorosamente.

—¿Está ocurriendo algo inusual? —preguntó Gem.

—¿Qué?

—¿Está usted desviándose de su rutina habitual? —quiso saber la computadora.

—Sí —contestó Dani—. Soy un fracaso como madre. ¿Te parece suficiente desviación?

—Afirmativo.

—¿Señor Colter? —preguntó Gem.

La luz del dormitorio de Nick se encendió automáticamente y el hombre se despertó de inmediato.

—¿Qué pasa, Gem?

—Alerta código uno —respondió la computadora—. La señora Colter está desviándose de su rutina.

—¿Qué ocurre?

—Un momento.

Entonces se oyó el llanto de Abigail. Nick se puso unos vaqueros y se dispuso a ver las imágenes del monitor de vídeo.

La cámara estaba enfocando a Dani con Abigail tratando de mamar en la mecedora. Por alguna razón, ambas lloraban desconsoladamente. Nick no lo pensó dos veces. Tomó las llaves del coche y salió por la puerta vestido únicamente con los vaqueros.

Capítulo 5

—¿Dani?

Ella abrió la puerta de su dormitorio y apareció Nick, llevando únicamente unos pantalones.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Dani.

—Gem me dijo que estabais en apuros —respondió Nick—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué estabais llorando las dos?

—Se trata de Abigail, no quiere ponerse a mamar.

—¿Pero, por qué?

—No lo sé —repuso Dani—. Si lo supiera, no estaría llorando.

—Vamos a ver, pequeña, ¿qué te pasa? —le dijo Nick a su hija tomándola en brazos—. Aunque no quieras mamar, parece que tienes hambre.

—La culpa es mía —adujo Dani—. Al parecer, no tengo suficiente leche.

—Creo recordar que la enfermera te sugirió que trataras de relajarte antes de darle el pecho —dijo Nick—. Y no pareces estar relajada. ¿Por qué no tomas una ducha caliente y te sientas cómodamente en la cama?

Dani accedió de inmediato. Se metió en el cuarto de baño y se duchó durante unos instantes, se secó y se puso un camisón limpio. Cuando volvió al dormitorio, Nick se encontraba en medio de la cama sosteniendo en brazos a Abigail, que se estaba chupando el dedo índice de su padre con avidez. Había colocado varios almohadones a su espalda. El hombre instó a su esposa a que se sentara en su regazo, entre las piernas abiertas.

—¿Estás preparada para intentarlo de nuevo? —preguntó Nick.

—¿Qué se supone que vamos a hacer en la cama? —repuso Dani.

—Vamos Dani, no seas así —respondió Nick—. Necesitas ayuda. Ponte junto a mí y trata de relajarte.

Pero ella no quería. Le resultaba demasiado íntimo estar tan pegada a Nick.

Acudían a su mente recuerdos de la noche de Fin de Año.

—Nick… —murmuró Dani.

—No estuvimos aquí aquella noche —la interrumpió él—. Estuvimos en mi casa, ¿recuerdas?

—¡Deja de leerme el pensamiento! —exclamó Dani, furiosa—. ¿Cómo puedes saber lo que estoy pensando en cada momento?

—Es que tengo poderes —respondió Nick burlonamente.

—No, en serio —insistió Dani—. ¿Cómo lo sabes?

—Te pones colorada y bizqueas ligeramente… —contestó Nick,

sonriendo—. Oh, vamos, Dani. No perdamos más el tiempo. Ven a la cama de una vez.

Entonces la joven madre aceptó finalmente instalarse junto a su marido.

Los dos estaban muy juntos ¡Cómo se iba a relajar estando tan cerca del torso desnudo de Nick!

Al fin y al cabo, él podía haberse molestado en ponerse una camisa. Le habría tomado un par de segundos más… Pero no, Nick no había podido evitar ir al encuentro de su familia a toda velocidad. ¿Por qué tenía que ser tan generoso y solícito? ¿Por qué no era tan egoísta como Peter? Al fin y al cabo, ninguno de los dos creía en el amor. Al menos, si Nick pudiera admitirlo abiertamente, ella conseguiría borrarlo de su vida y prescindir de él para siempre.

¿Pero cómo iba a hacerlo? Dani no podía olvidar el pasado. En efecto, se había enamorado de un hombre que solo era producto de su imaginación. Resultaba demasiado peligroso pensar que pudiese existir de verdad. Era mejor pensar que se había enamorado de un amante inexistente, al que podía ponerle los atributos de su hombre ideal. Ella había llegado a la conclusión de que Nick era fuerte y tierno al mismo tiempo. Le había dado la impresión de ver en los ojos azules de Nick una expresión de felicidad por haberla hecho finalmente suya en Fin de Año.

Pero todo aquello estaba lejos de la realidad.

Y ella debía ser consciente de ello. Nick no podía colmarla de sentimientos y de felicidad.

Aunque la había besado a la salida del hospital, lo único que le importaba era su hija. Y aunque también tenía el propósito de ser un buen marido y un buen cabeza de familia, Dani no tenía la intención de dejarse llevar al abismo. No quería volver a experimentar la sed de afecto viviendo en un desierto sin emociones. Dani no permitiría que Nick secase el cálido manantial que aún fluía en su interior.

—Vamos, querida, inténtalo otra vez —le rogó él.

Dani se abrió el camisón pero el bebé comenzó a agitarse inmediatamente.

—Lo ves, no puedo —dijo Dani desolada.

—Por supuesto que puedes —le contestó Nick—. Lo que pasa es que estás nerviosa. La enfermera dijo que era normal en las madres primerizas. Cierra los ojos.

—¿Para qué?

—Hazme caso —le instó Nick—. He estado pensando en el asunto.

—Utilizando la lógica, ¿no es cierto? —continuó Dani.

Nick se encogió de hombros.

—¿Y cómo si no? —repuso el hombre—. El caso es que se me ha ocurrido que la primera vez que se utiliza una bomba de agua hay que cebarla primero.

—¿Y cómo se ceba una bomba? —preguntó Dani.

—Primero hay que hacer el vacío, una vez que la burbuja de aire ha salido del conducto, el líquido comienza a brotar —respondió Nick.

—Nick, no vas a absorber el aire de este conducto —repuso Dani con determinación—. Ni se te ocurra cebar la bomba.

Él rió.

—No te asustes —le aconsejó—. Podemos emplear otro método para hacerlo.

—¿Cómo cuál?

—Bueno, lo más seguro es que la tensión acumulada en tus músculos impida a la leche fluir con normalidad —dijo Nick—. Espero que un buen masaje sea de utilidad.

Y el hombre comenzó a recorrerle la espalda y los hombros con manos expertas.

—Pero, Nick…

—Calla y cierra los ojos —le ordeno—. Gem, por favor pon un poco de música ambiental.

—Afirmativo, señor Colter —respondió la computadora.

De inmediato, la sensual melodía de un saxofón inundó el ambiente. Nick aprovechó el ritmo de la música para deshacer la tensión de los músculos de su esposa. Finalmente, Dani dejó de resistirse y se dejó llevar. ¡Estaba tan cansada!

—Prueba ahora, querida —dijo Nick—. Puedes apoyarte en mí, mientras sostienes a Abigail.

La niña se agarró al pecho y comenzó a succionar ávidamente.

—¡Oh! —exclamó Dani sorprendida.

—¿Qué tal? —preguntó Nick—. ¿Tienes leche?

—Me temo que tu método para cebar la bomba ha sido todo un éxito —contestó Dani satisfecha.

Se sentía segura entre los brazos de Nick, con su hija junto al pecho. Se dejó acunar por el suave sonido de la música y el murmullo de satisfacción que emitía Abigail.

De pronto, se le ocurrió pensar en el desarrollo de los acontecimientos.

—Nick, ¿cómo supiste que teníamos problemas?

—Gem me avisó.

—No sabía que las dos casas estuvieran conectadas —sostuvo Dani.

—No lo estaban hasta la noche pasada —repuso Nick.

—¿Has programado a Gem para incluirnos en tu sistema de

seguridad? —preguntó Dani.

—Nada más nacer Abigail.

—¿Cuánto tardaste en preparar la programación? —quiso saber Dani.

—Casi toda la noche —respondió Nick—. Luego me fui a comprar el asiento del bebé para el coche.

Estaba claro que desde que se había hecho cargo de la paternidad de Abigail, su intención era ser indispensable. Y lo estaba consiguiendo. Pero lo importante era que lo hacía de corazón.

Sin embargo, él pedía algo que a Dani le resultaba imposible ofrecer.

—¿Cómo se puso Gem en contacto contigo por la noche? —preguntó ella.

—Le pedí que me avisara si ocurría algo inusual —contestó Nick.

—Quieres decir, si me desviaba de mi rutina… —repitió Dani la expresión de la computadora.

—Sí, ¿te molesta?

—Un poco.

—Pues plantéatelo de este modo: hasta que Abigail y tú os mudéis a mi casa, Gem estará vigilando constantemente lo que ocurre aquí.

Dani puso al bebé sobre su hombro para que expulsara el aire.

—Siempre tienes que tener todo bajo control, ¿verdad, Nick? —dijo ella—. Pues, para que lo sepas, podría haber llamado a mi madre o al hospital.

—No creo que hayas sacrificado gran parte de tu intimidad habiendo recurrido a mí —repuso Nick.

—Tienes razón —admitió Dani—. Me alegro de que hayas venido.

—Si vinieras a vivir conmigo, no tendría que conducir en plena noche la próxima vez que tengáis un problema.

—No fuerces la situación, Nick —le aconsejó Dani mientras se incorporaba.

—Como quieras… —dijo él estirándose en la cama.

Estaba increíblemente atractivo. Su cuerpo era un equilibrio perfecto de fuerza y belleza. Tenía los cabellos más rubios que nunca y la piel bronceada. Dani se quedó observando el vello de su pecho, que desaparecía por debajo de los vaqueros. De pronto se vio invadida de deseo. No obstante, no pudo evitar sonreír.

—¿No has tenido tiempo ni para ponerte los zapatos, verdad? —preguntó ella.

—Ni la camisa, ni nada.

—No pareces tú —sostuvo Dani.

—Puede que hayas sido mi socia durante cinco años y que ahora

sea tu marido, pero, querida, puedes creerme: no me conoces en absoluto.

Dani se sobrecogió ante el gélido tono de voz.

—¿A qué te refieres? —preguntó Dani.

—Vente a vivir conmigo y te lo diré —repuso él.

Por primera vez, Dani sintió miedo. Tuvo la sensación de que algo extraño pasaba. Para cambiar de tema, se refirió a la niña.

—Abbey se ha quedado dormida —dijo ella nerviosamente.

—Le voy a cambiar el pañal y la voy a poner en su cuna —propuso él con una sonrisa llena de satisfacción—. Necesitas descansar.

Nick tomó al bebé en sus brazos y Dani se quedó ante él con el camisón desabrochado y húmedo. Entonces, Nick se quedó observándola fascinado. El cuerpo de Dani había cambiado mucho a lo largo de los nueve meses de embarazo. Sus formas resultaban más pronunciadas. La textura y el color de sus pechos se había alterado sensiblemente. Habían aparecido unas venas azules en sus pezones que aparecían más grandes y oscuros que antes.

—No me había dado cuenta antes… —comentó—. Estás preciosa, querida.

Dani se apresuró a cerrarse el camisón. ¿Qué iba a contestarle? No le iba a dar las gracias…

—¿Te vas a marchar cuando dejes a Abbey en la cuna? —le preguntó al fin.

—Puedes estar segura de que no me quedaré aquí —afirmo Nick tajantemente.

—¿Por qué?

—No pienso dormir en la cama que ha ocupado otro hombre previamente —afirmó Nick mientras acunaba con toda naturalidad a su hija.

Estaba claro que Nick era todo un hombre.

—Bueno, lo siento: puede que aún eches de menos a Peter —prosiguió al cabo de unos segundos.

Aquella observación era muy generosa por su parte, teniendo en cuenta la opinión que tenía del difunto marido de Dani. Pero lo cierto era que ella no añoraba lo más mínimo la presencia de su primer esposo. Le daba pena que hubiera muerto, pero no lo echaba de menos.

—No te preocupes —lo tranquilizó Dani.

Nick cambió de tema.

—Lo mejor que puedes hacer es cambiarte de camisón e irte a dormir. Me imagino que nuestra hija querrá otra toma dentro de poco. Si me necesitas, no dudes en llamarme.

—De acuerdo —contestó Dani.

Nick se dirigió hacia la puerta, pero Dani lo llamó obligándolo a dar media vuelta.

—Nick…

—¿Sí?

—Quiero que sepas que me has dado mucho más de lo que me dio Peter: he querido tener hijos durante muchos años. Estaba desesperada por tenerlos. Pero él no podía dármelos. De todas formas, ni siquiera quería tenerlos.

—¿Quieres decir que Peter era estéril? —dedujo Nick—. ¡Qué interesante!

Y con ese comentario tan enigmático salió de la habitación.

Capítulo 6

Dani se sentó en el despacho de Nick deseosa de discutir acerca de lo que realmente le preocupaba, en vez de hablar sobre la situación financiera de SSI.

—Esto es serio, Dani —dijo Nick.

—Pues no lo comprendo —repuso ella—. ¿Cómo es que la empresa tiene problemas financieros? La última información que me proporcionaste decía lo contrario.

Nick estaba evitando mirarla directamente a los ojos, cosa extraña en él.

—Como te he dicho, la competencia ahora es muy fuerte —explicó Nick—. En el último año no hemos ganado ningún cliente y muchos de los antiguos nos han abandonado. Tenemos que recuperar toda esa cuota de mercado.

—¿Qué quieres que haga yo? —preguntó Dani, al fin.

—Tengo un cliente potencial que se llama Raven Sierra —respondió Nick—. Posee una cadena de ranchos. He estado persuadiéndolo de que instale un sistema de seguridad como el de Gem, tanto en su casa como en la oficina. Para nosotros, sería una incursión muy interesante en un nuevo sector de actividad.

—¿Sierra es un hombre influyente? —preguntó Dani.

—Sí —contestó Nick—. Y me gustaría que le enseñases el funcionamiento de Gem para que vea lo sencillo que es.

Dani rió.

—¡Estás de broma!

—Raven quiere asegurarse de que su hija no tendrá problemas con el sistema —sostuvo Nick.

—Entonces, lo mejor es que hables con tu computadora —sugirió Dani.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que Gem…?

—Sí, lo sé —respondió Dani—. Solo es una máquina que ejecuta una programación.

—Eso es.

—Gem no piensa, no siente… —dijo Dani—. No es más que un montón de componentes electrónicos y de *chips*.

—A imagen y semejanza de su creador —afirmó Nick, con un gesto amargo.

Aquella contestación le recordó a Dani el verdadero motivo de su visita: la conversación telefónica de la noche anterior.

—No he querido decir eso —protestó ella.

—Pero es lo que piensas en el fondo, ¿no es así? —dijo Nick.

Dani se puso rígida y lo miró con cautela.

—Por algún motivo estás empeñado en hacer de nuestra boda un matrimonio en toda la regla. Puede que Abigail sea muy importante para nosotros. Pero para que haya un vínculo matrimonial auténtico es necesario que exista confianza y compromiso entre los dos.

—Habla con más precisión —le urgió Nick.

—¡Lo ves! —exclamó Dani—. Te diriges a mí como si fuera una máquina. Y no lo soy: soy una mujer.

—¿Y acaso crees que no me he dado cuenta? —preguntó Nick, frunciendo los labios.

—No —contestó Dani—. Para tu información, no soy Gem, ni una esposa programable. Yo busco algo más en una relación de pareja…

—Dime lo que es y te lo daré de inmediato —dijo él con un susurro.

Nick estaba luchando por mantener el control, una vez más.

—Estoy tratando de argumentar lógicamente mi discurso, para que me entiendas mejor —prosiguió Dani—. Pero ese es el problema: que soy una mujer llena de sentimientos y emociones. Nick, tu programaste a Gem para que te advirtiera cuando me desviara de mi rutina. ¡Pues da la casualidad de que eso ocurre constantemente!

—¿Y crees que yo no soy como tú? —preguntó Nick.

—Por lo que sé de ti, solo te has desviado una vez —contestó Dani.

Entonces a Nick lo embargó una profunda emoción. Se acercó a su mujer, que estaba sentada, y lentamente se inclinó sobre ella con un claro propósito.

—¡Por favor, Nick, no lo hagas!

—¿Una sola vez? —repitió el hombre—. Quiero que sepas que ahora mismo también estoy haciendo algo inusual.

Nick hundió sus dedos en el cabello ondulado y oscuro de su esposa.

—Te deseo, Dani, como nunca —dijo Nick—. Quiero que compartas tu cama conmigo y, sobre todo, que formes parte de mi vida…

Entonces Nick la besó, lleno de anhelo y de desesperación. Se embriagó con la dulzura y la frescura de su mujer, que le dejó la iniciativa por completo. Dani era incapaz de interrumpir un momento tan maravilloso. Con Peter, los besos nunca habían sido iguales. Aunque ambos habían experimentado la pasión, esta nunca había sido tan madura y profunda como en aquel momento. Simplemente habían sido como dos críos jugando al amor.

Sin embargo, aquella fuerza que la consumía se debía únicamente a Nick. Con cada beso y cada caricia, el hombre le demostraba que

aquello iba más allá de la mera pasión. En su tacto había una entrega y un compromiso inusitados, que solicitaban una respuesta incondicional.

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó Dani entre beso y beso.

—Quiero todo aquello que puedas darme —respondió Nick—. Lo quiero todo, incluso lo que te has dejado en el tintero.

—¡Pero es que no lo entiendes! –exclamó Dani—. No me he dejado absolutamente nada en el tintero.

—Yo creo que sí, pero tienes miedo a confiar en mí —continuó Nick, deslizando con delicadeza sus manos por los pechos protuberantes de su mujer—. ¿Acaso esto que estamos haciendo no te parece algo importante?

—Lo único que significa es que me deseas —afirmó Dani—. Peter también me deseaba, pero mi error consistió en pensar que también me quería. Yo tenía diecisiete años y me enamoré de él. Pero con el tiempo me dejó seca: se lo había entregado todo sin recibir nada a cambio. Entonces fue cuando me di cuenta de que él no me quería en realidad y que no podría hacerlo jamás.

—Dani… —murmuró Nick.

—¿Sabes cuáles fueron sus últimas palabras, antes de morir? —preguntó Dani—. Dijo: «Hasta aquí hemos llegado. Fue divertido mientras duró. Pero ha llegado el final». Mientras me lo decía estaba sonriendo, como para hacerme reír. Luego, se puso serio y continuó: «La próxima vez búscate a alguien que crea en el amor».

Nick la tomó en sus brazos.

—Él ya se ha marchado, Dani. Ya no puede hacerte daño.

—Pero tenía razón, por primera vez en su vida estaba en lo cierto —dijo Dani—. La próxima vez que me entregue a un hombre lo haré después de que él se comprometa conmigo seriamente. Se tratará de un hombre que sea capaz de amarme tanto como yo a él. Y no pienso conformarme con menos…

—¿Señor Colter? —intervino de pronto la voz mecánica de Gem.

—¿Sí, Gem? —dijo Nick en tono frío.

—Mensaje recibido, con prioridad uno.

De inmediato, las palabras distantes de una mujer inundaron el despacho de Nick.

«Esto es un mensaje para Nick: Podéis venir a cenar el viernes por la noche».

—Final del mensaje —comunicó la voz virtual de Gem.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Dani.

Entonces Nick se replegó de nuevo en su mundo interior. Tras el arrebato de la pasión, entre los dos esposos se había instalado un

ambiente gélido y carente de vida.

—Es mi madre —respondió Nick.

—Pensé que tus padres habían fallecido —afirmó Dani, atónita—. Nunca los habías mencionado antes y me dio la impresión de que…

—Pues no están muertos, al menos físicamente —repuso Nick.

—No te entiendo.

—No importa —concluyó él—. Como puedes ver, quieren conocer a mi esposa y a mi hija.

—Yo también estoy deseando conocerlos —dijo Dani—. Me da pena que se perdieran la boda. ¿Porque los invitaste, verdad?

Nick lanzó una carcajada que hizo estremecer a su mujer.

—¿Tú qué crees? —preguntó con sarcasmo.

Entonces fue cuando Dani recordó a Nick buscando por el pasillo del juzgado a alguien. Sin duda estaba esperando a sus padres.

—Alerta nivel uno: unidad de reproducción femenina emitiendo ruido agudo y persistente. Por favor, responder de inmediato —anunció Gem.

Dani trató de ser paciente.

—Sí, Gem. Ya sé que Abigail está llorando. Es que le estoy cambiando el pañal.

—La emisión de ruido agudo ha ido en progresión durante un minuto y tres segundos —continuó Gem—. Se recomienda alimentación inmediata.

—No, Gem —repuso Dani—. Acabo de dar el pecho a la niña y ya no tiene hambre.

Sin embargo, la madre de Abigail sabía por experiencia que era una pérdida de tiempo discutir con aquella máquina tan tozuda.

—Mis instrucciones son precisas: he de advertir del llanto del bebé antes de que pasen tres minutos.

—No, después de que lleve llorando tres minutos, y lo sabes muy bien, Gem.

—Por favor, proporcionar al bebé suficiente alimento para cancelar la alerta —dijo la computadora, emitiendo a continuación un pitido exasperante.

De inmediato, el llanto de Abigail se hizo más persistente.

—¿Ves lo que has hecho? La has puesto más nerviosa de lo que estaba.

A continuación sonó música ambiental para calmar al bebé sin conseguirlo.

Finalmente, fueron reproducidos fragmentos de Mozart, Wagner y de varias canciones populares.

—¡Gem! —exclamó Dani, indignada—. Cállate, por favor. Ahora,

Abbey tiene que dormir la siesta.

Entonces, se hizo el silencio.

Pero al cabo de unos segundos sonó el teléfono móvil de Dani. Desde el nacimiento de su hija, lo llevaba siempre consigo.

Era Nick.

—Tenemos un problema —dijo él—. Voy para allá inmediatamente.

—No, en serio —repuso Dani—. No hay ningún problema. No estoy haciendo nada raro, no sé qué te habrá dicho Gem…

—Esto no tiene nada que ver con eso, Dani —contestó Nick—. Te lo explicaré cuando llegue allí. Conmigo viene tu madre: ella se quedará en casa con Abigail, mientras tú me acompañas.

—¿Tan serio es el problema, como para recurrir a mi madre? —preguntó Dani.

—Sí, lo es.

—De acuerdo —contestó Dani—. Tenemos tiempo de sobra antes de la próxima toma de Abbey, puesto que acaba de terminar de mamar. Hasta ahora.

Dani colgó el teléfono y dejó a la niña en su cuna.

—Dejémosla dormir, ¿de acuerdo Gem? —ordenó la madre—. Nada de parloteos.

Pero claro, Gem era sorda cuando le convenía.

En cuanto Dani salió de la habitación, oyó cómo la computadora se ponía a contarle un cuento a Abigail.

Furiosa, Dani caminó a grandes zancadas por el pasillo en dirección a la cocina.

Una vez allí, se dedicó a dejarle instrucciones a su madre para que se conectara con ellos dos por medio del teléfono móvil. No tenía más que informar a Gem de que había una alerta de nivel uno: desviación en la rutina…

En cuanto apareció el coche de Nick, Dani saludó a Ruth y ocupó el lugar de esta.

—¿Qué es lo que ocurre? —le preguntó a su marido.

—¿Recuerdas la Compañía de Juguetes?

—Sí, claro, la empresa de los hermanos Kit y Stephen St. Clair —respondió Dani—. Sé que han extendido su negocio. Y nosotros les instalamos el sistema de seguridad.

—Pues resulta que está averiado —dijo Nick—. Los propietarios se han quedado encerrados en las oficinas sin poder salir. Gem ha cerrado todas las puertas. Y, para colmo, hay varios niños en la guardería del edificio.

—¡Oh, no! —exclamó Dani—. No me extraña: Gem nunca obedece

a sus amos.

—¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? —preguntó Nick—. Es solo una computadora que responde a unos comandos.

—Entonces, ¿por qué le dice cosas cariñosas a Abbey?

—Se trata de un error de programación… —afirmó el hombre resueltamente.

—No, de lo que se trata es simplemente de una cuestión de celos —repuso Dani—. Gem solo te hace caso a ti. Bueno, exceptuando a la unidad de reproducción femenina: le ha tomado mucho aprecio a Abbey. Le cuenta cuentos antes de dormirse, y me avisa de que llora antes de que pasen los tres minutos establecidos.

—Pues has de saber que Gem no puede sentir —dijo Nick elevando el tono—. Está bien, revisaré la programación para que avise correctamente cuando llore Abigail.

Estaban llegando a las oficinas de la Compañía de Juguetes. Por fin, el coche paró y los empleados se agruparon alrededor. Entre la multitud apareció Todd, el delegado de Investigación y Desarrollo.

—¿Qué tal, Colter? —lo saludó el hombre.

—Hola, Todd —dijo Nick—. ¿Cuál es el problema?

—Esto parece una película de ciencia ficción, en la que una computadora fuera de control se dedica a encerrar a los humanos en un edificio y los va matando poco a poco.

—Gem no ha matado a nadie todavía, ¿verdad? —preguntó Nick con un guiño.

—No, claro—respondió Todd.

—Es solo cuestión de tiempo —murmuró irónicamente Dani.

Nick la fulminó con la mirada y se dirigió al panel de control que estaba junto a la entrada de las oficinas.

Pulsó una serie de números y se dirigió a la computadora.

—Ignorar sistema. Aquí Colter 0—0—1.

—Buenos días, señor Colter —contestó una voz virtual—. Estamos en alerta uno: orden de cerrar puertas en funcionamiento.

—Cancela la alerta de seguridad —ordenó Nick.

—¿Código de autorización? —preguntó Gem.

—Colter 0—0—1.

—Autorización denegada: error en código —repuso Gem—. Que tenga un buen día, señor Colter.

Dani no pudo evitar una carcajada.

—¡No puedes ignorar mi código de autorización, pedazo de chatarra! —exclamó Nick indignado.

—Denegada. Denegada. Denegada… —repitió Gem insistentemente.

Dani reía disimuladamente.

Nick estaba furioso, pero hizo un esfuerzo por recuperar el control. Finalmente, le pidió el teléfono móvil a su mujer.

—Enseguida, cariño: me portaré obedientemente, como una buena esposa, iré al coche y te lo traeré —repuso Dani, con cierta ironía.

Entonces, Nick tuvo una reacción extraña ante aquel comentario. Sintió como la mente se le cargaba como si fuera a estallar.

—Creo que estoy enfadado —dijo al fin.

—¿Quieres decir que no estás seguro del todo? —preguntó Dani con parsimonia—. Mira… te voy a traer el móvil.

—Sí, es mejor que comencemos a actuar de una vez —afirmó él, todavía confuso.

Nick llamó al operador central de Gem.

—Aquí Colter 0—0—1: llamando a la Compañía de Juguetes. Abrir puerta de acceso.

—¿Otro intento? —preguntó Gem impertinentemente.

—Un momento —contestó Nick—. Intento de conexión con el sistema.

—Denegado. Denegado. Denegado…

—Vamos, Gem: ¡inténtalo! —exclamó Nick.

—Conexión autorizada —dijo finalmente la computadora.

Nick sonrió.

—Gem, después de abrir la entrada principal, desactiva el sistema central de voz y obedece únicamente a Colter.

—Sí, señor Colter —asintió la computadora.

Antes de introducirse en el edificio, Nick dio media vuelta y se dirigió a Todd.

—Que no entre nadie, ¿de acuerdo? Vamos Dani, pasa tú primero.

Su mujer se apresuró a entrar.

—De acuerdo —repuso Todd—. Esto sigue pareciendo ciencia ficción…

Mientras avanzaban por el vestíbulo y la planta baja la pareja iba bromeando.

Al menos Nick podía hacer reír a Dani. Y, teniendo en cuenta lo difícil que estaba resultando formar parte de su vida sentimental…

Aquel piso estaba vacío, tal y como había dicho Todd. Nick trató de conectarse con el sistema de seguridad por medio del teléfono móvil.

—Gem, infórmame de la situación.

—El sistema de seguridad está bloqueado —respondió la computadora—.Apagón en plantas dos a cinco. El ascensor permanece paralizado. Todos los accesos a las plantas están cerrados. En planta

cuatro, hay actividad mecánica. Hay vida inteligente en niveles tres, cuatro y cinco.

—Desconecta el sistema y abre todas las puertas —ordenó Nick.

—Entendido.

—¿Dónde está la guardería? —preguntó Dani—. Es lo primero que tenemos que saber.

—En la planta cinco, ala noroeste, habitación treinta y ocho —contestó eficientemente Gem.

—Parece que nos toca subir andando por la escalera —comentó Nick.

Aunque habían pasado cuatro semanas desde el parto, Dani había adelgazado varios kilos pero aún no había recuperado la forma del todo.

—¿Crees que podrás hacerlo? —preguntó Nick.

Ella esbozó la mejor de sus sonrisas.

—Estoy bien, gracias.

La pareja se dispuso a subir poco a poco todos los pisos. Cuando iban por el cuarto, de pronto Nick exclamó:

—¡Cuidado, Dani! Mira al suelo.

—¿Qué pasa?

—Creo que es una tarántula… y además es enorme.

En efecto una araña peluda de aproximadamente un metro de diámetro estaba bloqueando el acceso a la quinta planta.

—¡No es más que un juguete, Nick!

—Lo sé, pero hasta que no sepamos lo que está haciendo exactamente no vamos a seguir —repuso el hombre—. ¿Gem qué tienes que decir?

Pero no hubo respuesta.

—Puede que no nos haya oído —comentó Dani.

—Pues no tenemos más remedio que entrar en la planta cuarta —concluyó Nick.

Nada más introducirse en aquella zona, la pareja se vio envuelta en una marabunta de arañas gigantes y batallones de soldados mecánicos.

—¿Qué está ocurriendo, Gem? —prosiguió Nick—. ¿Por qué no están encendidas las luces?

—Hay dificultades, señor Colter —dijo la computadora—. Por favor, desconectar el enlace con el departamento de Investigación y Desarrollo de la cuarta planta.

—¿De allí es de dónde vienen los problemas? —quiso saber Nick.

—Afirmativo.

Dani tomó a su marido del brazo y ambos se dirigieron hacia la primera puerta que vieron. Tras traspasar la barrera formada por las

arañas y los soldados mecánicos, Nick la abrió forzándola con un golpe seco del hombro derecho.

Después del encontronazo, los dos se quedaron atónitos ante lo que estaban viendo.

Capítulo 7

Una niña rubia de unos diez años con unas lentes gruesas sobre la punta de la nariz estaba sentada detrás de una pantalla de ordenador.

—¡Oh! —exclamó la pequeña, al verlos entrar.

Un par de gemelos, unos dos años menores que la niña rubia dijeron al unísono:

—Ha sido Viki: nosotros solo hemos estado mirando.

—La voy a matar —afirmó Nick echo una furia.

—Calma, solo es una niña —repuso Dani—. Ya se encargarán sus padres de reñirla.

Pero Viki no pareció alarmarse. Sin duda, no era la primera vez que presenciaba una conversación de ese tipo.

—Puedo resolver el problema —se limitó a decir ella—. Solo necesito un poco de tiempo.

—Oh, no te preocupes —le aseguró Nick—. Ya me encargo yo de solucionarlo.

Y acto seguido se acercó a la terminal de la computadora y la desenchufó.

Luego tomo el móvil y se puso en contacto con Gem.

—¿Estado de la situación? —le preguntó Nick.

—Un momento, por favor… —contestó Gem—. Sistema intervenido. Exploración actualizándose. Sistema eléctrico conectado.

De pronto se encendieron las luces.

—Apertura de puertas progresando —prosiguió Gem—. Ascensores disponibles. Formas de vida saliendo a toda velocidad de las plantas dos y cinco. En planta cuarta, aún hay operaciones mecánicas.

—¿Qué es eso de las operaciones mecánicas? —preguntó Nick.

—Se refiere a las tarántulas y los robots —respondió Viki ajustándose las gafas.

—Están haciendo guardia para protegernos de los malos —afirmaron los gemelos al mismo tiempo.

Se oyeron unos pasos y un grito.

—¡Victoria! —exclamó el padre de la niña intentando deshacerse de una araña que se le subía por la pierna—. ¿Se puede saber qué has hecho?

—¡Oh, Papá! —exclamaron los gemelos.

Stephen St. Clair estaba muy enfadado con su hija.

—No la regañes, estoy segura de que ha sido un accidente —dijo Dani en tono conciliador.

—Lo siento, de verdad —le aseguró Stephen a Nick—. No entiendo lo que ha podido hacer…

—Accedí al sistema gracias a un pequeño fallo —explicó Viki—. Utilicé el código de autorización de Colter 0—0—1. En cierta ocasión, pude oír como el señor Colter lo empleaba para conectar con Gem. Luego le fui dando instrucciones a la computadora y me obedeció.

Dani se tapó la boca. Era evidente que Nick iba a enfadarse otra vez. Tanto como lo estaba Stephen.

—No entiendo cómo pudo intervenir en el sistema sin mi código de autorización —dijo el padre de Viki.

—Nick es el único cuyo código prevalece sobre todos los demás —murmuró Dani en tono irónico.

—Lo siento, Stephen —se disculpó Nick—. Se trataba de evitar riesgos de seguridad. Mañana mismo me encargaré de programar a Gem para que tu código tenga prioridad.

Y luego Colter se dirigió con el móvil a la computadora.

—Gem, borra todas las órdenes del sistema. Reinstálalo desde el principio con acceso limitado a códigos de voz.

—Afirmativo. El sistema se está borrando.

—Me imagino que no tuvo en cuenta a mi hija cuando diseñó a Gem —dijo Stephen sonriendo.

—Pues no, la verdad —repuso Nick—. Me gustaría que en el futuro estuviéramos en contacto el uno con la otra. Prefiero que esté de mi lado a que se pase a la competencia…

—¿Tú que opinas, Viki? —le preguntó su padre—. ¿Te gustaría trabajar con el señor Colter y con Gem?

—¡Oh, sí! —exclamó la niña llena de alegría.

—Pues ven a mi oficina cuando acabe el curso escolar —propuso Nick—. En SSI contamos con un programa de aprendizaje para jóvenes estudiantes que puede interesarte.

—¡Estupendo! Me encantará crear mi propia Gem —comentó Viki, llena de entusiasmo.

La siguiente media hora pasó muy deprisa. Nick se ocupó de reinstalar una versión actualizada del sistema de seguridad. Cuando todo estuvo en orden, él y su mujer se dirigieron hacia el coche.

—Has sido un encanto con Viki —le dijo Dani, entrando en el vehículo—. Sobre todo, muy generoso.

—No lo creo —repuso él—. La pequeña había hecho un buen trabajo. Incluso Gem estaba impresionada.

—Está bien, es mejor que volvamos a casa —propuso Dani—. Tengo que darle el pecho a Abbey.

Hicieron el viaje de vuelta a la casa de Dani. Nada más llegar, vieron que la mansión estaba invadida por su familia. Estaban muy ocupados introduciendo los objetos personales de Dani en varias cajas.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo? —preguntó Dani.

Pero nadie contestó.

Ella volvió a interrogarlos. Finalmente, Ruth contestó:

—Cariño, hace un mes que ha nacido Abigail y Nick y tú todavía estáis viviendo en casas separadas. No podemos permitir que antepongáis la felicidad de los demás a la vuestra. Por cierto, ya están listas las sábanas bordadas con vuestras iniciales. Ah, se me olvidaba. El resto de la mudanza la hará una compañía especializada el próximo sábado.

—Pero esto no es asunto vuestro… —se quejó Dani.

—Pero, querida, ¡si Nick está encantado!

—¿Él es el responsable de todo esto? —preguntó Dani.

—Oh, no. Se limitó a ofrecer su ayuda porque tenía mucho trabajo —repuso Ruth—. No hace falta que nos des las gracias… Lo hacemos con todo nuestro cariño.

Tú ocúpate de Abbey.

Sin saber qué decir, Dani no tuvo más remedio que aceptar la intervención de su familia.

Sonó el teléfono en casa de Nick.

—Colter, ¿dígame?

—Nick, soy Dani. Tenemos un problema. Mi madre ha organizado la mudanza de Abigail y mía para el sábado: quiere que nos instalemos en tu casa. Y yo no estoy de acuerdo.

—Pues no lo entiendo —repuso Nick—. Yo estoy deseando que viváis las dos conmigo.

—¡Pero eso no estaba incluido en nuestro trato! —exclamó Dani.

—Yo siempre he estado dispuesto a ello —afirmó Nick.

—Ya me imaginaba que no ibas a aportar ninguna solución.

—Pues has acertado. Por cierto, recuerda que tenemos una cita con mis padres el viernes a la hora de cenar. Ah, y el sábado hemos quedado con Raven Sierra para que le asesores antes de la venta del sistema de seguridad.

—De acuerdo.

—Una cosa más, querida. Solo quería decirte: ¡jaque mate!

Dani lanzó una carcajada antes de colgar.

—Tenemos que comprar comida china para llevar a casa de mis padres.

—¿Tu madre es mala cocinera?

—Es posible que haya mejorado su forma de cocinar desde la última vez que comí allí —contestó Nick—. Pero no te apures, no pasaremos hambre.

—Es que no quiero ofenderla —dijo Dani.

—Eso no ocurrirá —le aseguró Nick.

Parecía que su marido no quería hacer más comentarios sobre el tema. Pero ya se encargaría ella de sacar sus propias conclusiones acerca del hogar donde había crecido Nick. Quizá allí encontraría el porqué de esa propensión a encerrarse en un universo personal tan frío y distante.

Cuando salieron del restaurante chino, se dirigieron en coche hacia Berkeley.

Tras un corto trayecto, el vehículo se detuvo ante una verja de hierro inmensa. La casa que estaba del otro lado, asentada sobre una colina, era espectacular y estaba flanqueada a ambos lados por dos magnolios centenarios. Tanto la fachada como el jardín necesitaban reformas y todo tipo de atenciones.

—¡Santo cielo! —exclamó Dani—. ¿Es aquí donde viviste de pequeño?

—Así es —respondió Nick.

—¿Cuántos años tiene la mansión?

—Más de noventa —contestó Nick—. La construyeron después del terremoto de 1906.

—¡Es asombroso!

—Eres muy diplomática. Lo cierto es que este lugar me recuerda a una anciana nonagenaria luchando con todas sus fuerzas contra la edad. Aunque se ponga todo el maquillaje del mundo, jamás conseguirá parecer joven.

Los tres miembros de la familia salieron del coche y traspasaron la entrada.

Cuando llegaron a la casa, en vez de llamar a la puerta, Nick dio varios golpes con los nudillos. Pero no apareció nadie para abrir.

—Ya es la hora de cenar —dijo Dani—. ¿Cómo es que no hay nadie?

—No te preocupes —repuso Nick abriendo la sólida puerta de roble.

El vestíbulo era una habitación pasada de moda y lúgubre.

—Mis padres estarán sin duda en el sótano —prosiguió Nick.

—¿No serán un par de científicos chiflados? —preguntó Dani, acertando de lleno.

—Pues eso es precisamente lo que son —contestó Nick mientras salía para ir a buscar al coche las bolsas de comida china.

Dani se sentó en el sofá del salón, junto a Abigail. La tapicería parecía limpia, pero estaba descolorida. Daba la impresión de no haber sido excesivamente usada, a pesar de los años que tenía. La infancia de Nick debía de haber sido muy rara…

Enseguida volvió su marido cargado de paquetes. El gemido de la puerta al abrirse sobresaltó a Abbey, aunque sin hacerla llorar. Al contrario, el bebé se dedicó a succionar uno de sus puños con avidez, bajo la atenta mirada de su sonriente madre.

Dani estaba realmente orgullosa y satisfecha con la maternidad, fruto del matrimonio con su segundo marido. La unión con Nick había superado con creces las expectativas de la joven madre.

—He traído el asiento para el coche de Abbey; así no tendrás que tenerla en brazos toda la velada —dijo su marido—. Vamos a la cocina. Pondré la cena en la nevera hasta que aparezcan mis padres.

Una vez allí, abrieron el frigorífico. Cuál fue la sorpresa de Dani cuando descubrió lo que había en su interior. Una gran variedad de tubos de ensayo con productos químicos de colores extraños estaban allí para mantenerse a baja temperatura.

—Ya te lo dije, mi padre es biólogo y mi madre química, y trabajan en su propio laboratorio, que está hecho por ellos mismos. No tienes por qué preocuparte: es bastante seguro. Prefieren trabajar por cuenta propia y vender sus descubrimientos en vez de participar en el sistema económico tal y como está organizado. Es una idea muy de los años sesenta.

—¿Podremos visitar el laboratorio? —preguntó Dani.

—Oh no. Eso es imposible. Está prohibido traspasar sus puertas.

Se alejaron del frigorífico para fijarse en un panel que estaba clavado a la pared.

Estaba lleno de botones y parecía más moderno que el resto de la decoración.

—Les diremos que ya hemos llegado —dijo Nick—. Yo mismo instalé este interfono cuando era pequeño.

Se comunicó con sus padres, que subieron a la planta principal al cabo de unos instantes.

Dani los observó con detenimiento. El señor Colter era de la misma estatura que su hijo, aunque ligeramente más grueso. Pero de cara no se parecía. Sin embargo, ocurría todo lo contrario con su madre. Estaba claro que Nick había heredado de ella el cabello rubio y los ojos azules. La señora Colter fue quien le rogó a su hijo que le presentara a su nueva familia.

—Dani, te presento a mis padres, Ellie y Hugh Colter —dijo Nick —. Os acordáis de Dani, ¿verdad?

—¿Dani es el diminutivo de Danielle? —preguntó el padre—. Tu nombre significa: el Señor es mi juez. Es un placer verte de nuevo, querida.

—¿Cuándo la hemos conocido? —quiso saber Ellie—. Yo no

recuerdo haberla visto antes.

—En mi boda —respondió Nick.

—No recuerdo haber asistido a tu boda —dijo su madre—. ¿Cuándo fue exactamente, Hugh? No creo que fuera en la época del experimento de la fotosíntesis: estuvimos demasiado ocupados como para poder ir. Ni tampoco en primavera: el cultivo de musgo que pusimos en práctica se echó a perder, por lo que tampoco tuvimos ocasión de acudir.

—La boda se celebró hace cinco semanas, durante el experimento del centeno —les informó Nick—. ¿Ahora ya lo recordáis?

—Ah, sí, el centeno: fue todo un éxito —sostuvo su padre—. ¿Pero qué llevas ahí, muchacho?

—La cena.

—¡Estupendo! —exclamó Hugh—. ¿Qué tenemos para cenar?

—Nos invitasteis vosotros —repuso Nick—. Pregúntaselo a mamá.

Ellie abrió la nevera y contestó:

—Tenemos comida china.

—¡Oh! —exclamó Hugh—. ¿Has comprado cerdo agridulce? Es mi plato favorito.

—Pues claro.

Dani estaba desconcertada. Había permanecido en silencio hasta que no pudo más e intervino.

—No entiendo nada de lo que está ocurriendo —dijo ella al fin—. Para vuestra información, no nos hemos visto nunca antes. Soy la esposa de Nick y no podéis recordar nuestra boda porque no vinisteis…

—Es evidente, puesto que estábamos ocupados con el centeno —contestó indignado Hugh.

—Tampoco conocéis a Abigail —prosiguió Dani.

—¿Quién es Abigail? —preguntaron sus suegros.

—Vuestra nieta.

—No tenemos ninguna nieta, que yo recuerde —dijo Hugh—. ¿Cuándo ha nacido?

—El mes pasado —respondió Nick, sacando los platos para poner la mesa—. Os llamé para decíroslo. Si no me hubiese puesto en contacto con vosotros no nos habríais invitado a cenar.

—Abigail… —murmuró Hugh—. Significa «el Señor se alegra».

—¿Conoces el significado de todos los nombres? —preguntó asombrada Dani.

—Por supuesto —contestó el padre de Nick, orgulloso—. Nick quiere decir«victoria» y Ellie… «mi querida y sabia esposa».

Hugh pronunció esas palabras dedicándole una sonrisa a su mujer.

—Papá tiene una memoria prodigiosa —explicó entonces Nick—. Lo recuerda todo, excepto los pequeños detalles sin importancia.

Dani pensó que la cena de aquella noche sin duda debía de ser una de esas cosas irrelevantes. Miró a Nick y vio que estaba en lo cierto.

—¿Qué quieres que haga yo? —le preguntó Dani a su marido.

Nick hizo caso omiso del doble sentido de la frase.

—Puedes poner la silla de Abigail en el comedor —dijo él—. La mesa estará lista en un minuto.

—¿Abigail es un nombre de familia, Dani? —Hugh prosiguió con la conversación.

—No.

Entonces, Dani recordó con pesar las mismas palabras que le había dirigido a su marido cuando nació la niña. Comprendió la tristeza que debía de haber sentido él en aquel momento.

Capítulo 8

—Nick…

—Ahora no es el momento de hablar de eso, Dani —dijo él, a solas con su esposa en la cocina, mostrando una expresión sombría—. Hablaremos más tarde. ¿Por qué no llevas tú el asiento de Abigail?

En aquellas circunstancias era más fácil asentir que comenzar una discusión. Ya comentaría más tarde con él el motivo por el cual le había puesto ese nombre a su hija. Mientras tanto, los demás comensales se habían instalado alrededor de la mesa del comedor. Nick sirvió el vino en unas copas de cristal finamente tallado que desentonaban con los recipientes de cartón de la comida china. A Dani le sirvió agua embotellada, puesto que no bebía alcohol.

—Podía haberte comprado algún zumo de frutas —se excusó Nick —. Lo siento.

Pero Dani no quería que él se disculpase por nada. Ni por lo rara que era la casa, ni por aquella invitación. Y mucho menos, por lo extraños que eran sus padres.

—Dani, cuéntanos a qué te dedicas —sugirió Ellie.

—Pues ahora mismo me estoy dedicando a cuidar a mi hija —respondió ella—. Pero los últimos cinco años he estado trabajando en SSI.

—¿Y eso qué es?

Dani frunció el ceño: no sabían lo que era SSI…

—Pues… la compañía de Nick. Son las iniciales de Sistemas de Seguridad Internacionales.

—Ah, sí —concluyó Ellie—. Informática. ¿Programas tú misma los ordenadores?

—No, yo estoy en el departamento comercial —contestó Dani.

—O sea, que tú vendes los ordenadores.

—No, lo que vendo son sistemas de seguridad programados por una computadora.

—Vamos, que vendes alarmas como la que instaló Nick cuando era pequeño —concluyó Hugh.

—Lo cierto es que es algo más sofisticado —intentó explicar Dani —. Lo que yo vendo son productos de alta tecnología en un mercado muy competitivo. Pero el negocio va viento en popa. Somos una multinacional con sedes por todo el mundo.

—¿Qué pasa, que dentro del país no tenéis demasiado éxito? —quiso saber Hugh.

Dani se quedó con la boca abierta.

—Por supuesto que sí… —contestó ella al fin—. SSI es todo un

éxito. Nick es un hombre de éxito.

—¡Eres su mujer: qué vas a decir!

—Y además, no se trata de alarmas sino de sistemas de seguridad —insistió Dani—. Es algo muy distinto.

—Pues resulta más fácil vender alarmas —repuso Hugh.

—Y son más fáciles de instalar —agregó Ellie.

—Para venderse, los productos tienen que resultar económicos y fáciles de usar —añadió Hugh.

—Pero si los vendemos como rosquillas… Y todo gracias a lo brillante que es Nick —se indignó Dani—. De hecho lo que yo vendo es su cerebro.

—Sí, su coeficiente de inteligencia es realmente alto —concedió Ellie—. Es una pena que no se dedicara a la ingeniería química o a la biología.

—Pues ha inventado un programa informático que hace pensar al ordenador —afirmó Dani—. Gem es un logro realmente portentoso. ¿Acaso no os alegráis por Nick? ¿No estáis orgullosos de él?

—Eres una persona tremendamente pasional: deberías utilizar más la lógica —le aconsejó Hugh, sonriendo—. No es que estemos criticando a Nick. Solo estamos comentando las metas que ha alcanzado, o lo irrelevantes que son…

Dani apartó el plato. Se le había quitado el apetito.

—Para vuestra información, vuestro hijo es tan inteligente que es millonario —dijo ella al cabo de unos segundos.

—Me temo que exageras.

—¿Acaso no tengo razón, Nick? —insistió Dani.

—Antes era millonario, pero ahora ya no —contestó él.

—¿Pero por qué no te defiendes tú mismo? —le preguntó Dani, dolida.

Nick bebió un poco de vino, con la mirada sorprendentemente serena.

—¿Con qué objeto? —repuso él.

Entonces a Dani se le saltaron las lágrimas, pero logró cambiar el curso de la conversación.

—Oh, Abigail se ha despertado y ha comenzado a llorar —dijo ella al cabo de unos instantes—. Es hora de darle el pecho.

Tomó al bebé soñoliento y se lo llevó al salón, instalándose en el sofá de colores desvaídos. Intentó recuperar la calma y se desabrochó la blusa. De pronto sintió nostalgia de Gem y su música ambiental. Oyó a lo lejos el sonido de una alarma, un murmullo de voces y el ruido de los asientos deslizándose sobre el suelo. Luego se hizo el silencio. Dani cerró los ojos tratando de relajarse, pero sin conseguirlo.

Abigail comenzó a lloriquear de nuevo.

—Ahora estamos las dos juntas, tú y yo, cariño —le susurró la madre al oído, sintiéndose de lo más desgraciada.

Entonces Dani sintió una presencia a su derecha. Era Nick, que comenzó a darle masajes por el cuello y los hombros con sus cálidas manos.

—Relájate —le murmuró Nick.

—Me temo que me va a resultar difícil —contestó Dani.

—Pues apóyate contra mí y lo solucionaremos —le aseguró Nick.

La madre y el bebé se recostaron en su regazo.

—No hay música: echo de menos a Gem —dijo Dani, sonriendo.

—Aún no la he instalado en esta casa —repuso Nick—. No creo que le gustase vivir en un lugar como este. Además, a mis padres tampoco les gustaría ella.

—Pues yo estoy de acuerdo con Gem… Bueno, no quiero ser grosera.

—No te preocupes, te comprendo.

—Nick…

—Olvídalo, Dani —le aconsejó Nick—. No debería haberte traído. Mis padres son muy especiales.

—Pero…

—Déjalo, de verdad. Si no, no vas a poder dar de mamar a Abigail.

Dani asintió y al hacerlo rozó con su mejilla la camisa de algodón de su marido, tan cálida y agradable. Nick le inspiraba paz y seguridad. La tensión de Dani desapareció como por arte de magia. Sin embargo, volvió a la misma conversación.

—¿Dónde están ahora tus padres?

—Se han ido al laboratorio.

—¿No habrá sido por mi culpa, verdad? —preguntó Dani.

—En absoluto, estaban haciendo un experimento importante y tuvieron que marcharse a trabajar —respondió Nick.

—¿Eso ocurría con frecuencia cuando eras pequeño? —quiso saber Dani.

—Yo era un niño muy independiente —contestó Nick.

—Porque no tenías más remedio que serlo —dijo Dani.

—No tiene importancia —repuso Nick.

Lo dijo con tal fatalismo y de un modo tan estoico que Dani tuvo que reunir fuerzas para conservar la calma y responderle.

—Si no la tuviera, no te habría hecho la pregunta —se justificó ella.

Nick lanzó un profundo suspiro.

—Mis padres han estado siempre muy ocupados con su trabajo, por

lo que apenas tenían tiempo disponible —dijo él—. Pronto aprendí que me sería muy útil valerme por mí mismo. ¿Eso responde a tu pregunta?

Dani frunció el ceño. La infancia de su marido debía de haber sido muy distinta a la suya. Ella había contado con un montón de hermanos y hermanas que requerían una gran atención. Sus padres no habrían podido recluirse en un sótano de ninguna manera. Se habían pasado media vida llevando a sus hijos al colegio, a las clases de danza o las actividades deportivas.

—¿A cuántos actos y representaciones escolares asistieron tus padres a lo largo de tu niñez? —le preguntó Dani.

—Déjalo, de verdad. No tiene sentido…

—Dime, Nick, ¿a cuántas? —insistió ella.

—Fueron a algunos, lo que pasa es que solían llegar tarde —repuso Nick.

—¿Cómo el día de nuestra boda? —preguntó murmurando Dani.

—Sí.

Con esa simple respuesta Dani supo con precisión que la infancia de su marido había sido solitaria y lúgubre. Cada día, al volver del colegio, aquel niño con expresión distante volvía a una casa sombría y destartalada. Una vez dentro, lo único que encontraba era un profundo silencio. No había besos ni risas ni olores agradables procedentes de la cocina. Al contrario, él mismo habría tenido que prepararse la comida dejando a un lado los extraños experimentos que había en el frigorífico. Y sus padres estarían encerrados en el sótano. En el caso de que necesitase a alguien que lo ayudase con los deberes, lo más seguro es que tuviera que recurrir a algún vecino.

Pero, en el caso de necesitar un abrazo o una palmada en el hombro, ¿cómo lo habría resuelto?

Dani sintió un profundo dolor.

También recordó la alarma que había instalado Nick para llamar a sus padres.

Sin duda, se habría pasado gran parte de su vida esperando a que aparecieran Hugh y Ellie por la puerta que daba acceso al laboratorio. Y la mayoría de las veces, en vano.

A continuación, Dani se acordó del día de su boda. Recordó el ansia con que buscaba Nick a sus padres en el momento previo a la ceremonia. Sin duda, la escena se había repetido muchas veces en el pasado.

Esa vez la madre de Abbey no pudo reprimir las lágrimas.

Pero Nick tensó todos los músculos de su cuerpo.

—No quiero que sientas lástima de mí —le advirtió.

—¿Entonces qué es lo que quieres? —le preguntó Dani.

—Esto.

Nick besó dulcemente los labios de su mujer, pero de un modo muy distinto al del día de Fin de Año. Aquel día, la chispa que había cobrado vida entre los dos necesitaba culminar en un instante supremo de placer. Pero esta vez, el beso supuso algo totalmente nuevo.

En vez de ser sexy resultó ser tierno. Más que una expresión del deseo fue como una bendición. Nick estaba abrazando a su esposa y a su hija con una delicadeza exquisita. Dani recostó la cabeza contra su pecho y la tensión de la velada desapareció por completo. Nick desabrochó la blusa de Dani y descubrió sus pechos turgentes. Con el pulgar acarició los pezones que parecían extremadamente sensibles. Para Dani fue la experiencia más erótica de su vida. La reacción fue instantánea. Vibró con un estremecimiento de placer y, a continuación, la mano de Nick se llenó leche.

—Abbey, la cena está lista —dijo él con satisfacción, haciendo girar la cabeza de su hija hacia el seno materno.

Dani cerró los ojos. Estaba más cómoda de lo que podría haber imaginado y se puso a repasar los últimos acontecimientos de su vida. Tenía un esposo y una hija, lo que daba una nueva dimensión a su existencia. Pero para estar satisfecha, Dani quería algo más. Quería que su matrimonio funcionase plena y sinceramente con amor. El amor de Nick…

De pronto, a Dani se le cortó la respiración. Oh, no… Se acababa de dar cuenta de que se había enamorado de su marido perdidamente…

Dani sintió miedo, porque tenía que ser consciente de que aquel hombre era incapaz de corresponderla.

Pero esa vez no podía salir indemne, como en el caso de Peter. Esa vez, si Nick no la amaba del mismo modo que ella a él, no tendría escapatoria. Pagaría un precio muy alto por ello.

Nick se aseguró de que la puerta de la casa de sus padres estuviese convenientemente cerrada. Satisfecho, comprobó desde el porche que todo estaba en su sitio. Se puso a contemplar la explanada del jardín. Estaba llena de malas hierbas y de arbustos salvajes. Una vez, de pequeño, había intentado hacer revivir el esplendor del césped y el resto de las plantas. Pero fue en vano. La naturaleza se negó a dar fruto a sus esfuerzos.

—Nick, ¿a qué esperas? —le preguntó Dani desde el coche, mientras instalaba al bebé en su sitio.

Tras él estaba su triste y desolado pasado, rodeado de un cielo

invernal y gris.

Una hoja tembló, agitada por el gélido viento. Y de pronto, se quedó inmóvil sin reaccionar ante el aire fresco que comenzaba a levantarse o la oscuridad que se cernía sobre ellos.

Cuando Dani le había preguntado: «¿Qué es lo que quieres?», él sabía muy bien cual era la respuesta. Sin embargo, no había sido capaz de expresarlo con palabras.

Lo que quería era sobrevivir, cosa que había permanecido ajena tanto a su vocabulario como a su alma a lo largo de su vida.

Dani avanzó unos pasos hacia él.

—Nick, ¿qué ocurre?

Entonces, fue consciente de que ante él, junto al coche, se encontraba la vida.

Una vida cálida, rica en emociones.

Eso era lo que necesitaba: abandonar el frío y correr hacia el calor de Dani y Abigail.

—No pasa nada —repuso él finalmente—. Ahora todo está resuelto.

Dani dio una patada a una caja de cartón.

—No puedo poner más cajas en mi habitación —dijo ella—. Si no, no podré meterme en la cama.

—Pues entonces, duerme conmigo —repuso Nick.

—Ya hemos hablado del asunto —dijo Dani—. Y sabes que no voy a compartir cama contigo. Bueno, ¿dónde vamos a poner todo esto?

—¿Qué te parece junto al armario del pasillo? —sugirió Nick.

—Ni hablar, Raven Sierra podría verlo.

—¿Y eso qué importa?

—Una vez me contaste que su antigua esposa le hizo renegar del matrimonio —contestó Dani—. Y no quiero exacerbar esa reacción.

—No te entiendo —respondió Nick—. ¿Qué tienen que ver las cajas en el armario para que Raven reniegue del matrimonio otra vez?

Ella sacudió la cabeza ante su ignorancia.

—Las cajas le harán preguntarse por qué me acabo de mudar a tu casa si llevamos cinco semanas casados —arguyó Dani.

—Hasta ahora no te ha importado nada la opinión de los demás —afirmó Nick.

—Bueno, pues ahora me importa —repuso Dani.

Tampoco ella sabía muy bien por qué. Pero lo cierto era que, en el fondo, sí lo sabía… Desde que había conocido a los padres de su marido, no podía soportar la idea de hacerle daño de ninguna manera. Ya había sufrido bastante…

—Creo que le parecerá más sorprendente preguntarse por qué

tenemos una hija de cinco semanas si solo llevamos casados la misma cantidad de tiempo. Comparado con eso, lo de las cajas le parecerá una tontería.

—¿Y si las ponemos en tu despacho?

—Ni hablar —respondió Nick—. Las pondremos en el cuarto de Abigail.

—No estoy de acuerdo, mejor en tu dormitorio —propuso Dani.

El hombre lanzó un suspiro.

—Está bien, pero démonos prisa —añadió Nick—. Raven vendrá dentro de una hora y aún tenemos que ordenar todo esto.

—A propósito, se me ha olvidado pensar en la cena —dijo Dani, disgustada.

—No te preocupes —respondió Nick—. He contratado los servicios a domicilio de un restaurante. Me imaginé que no tendríamos tiempo para ocuparnos de ello.

—¿Tan importante es la invitación? —preguntó Dani.

—Me temo que sí, sobre todo después del susto de la Compañía de juguetes.

—¡Pero tú no fuiste el responsable de lo que ocurrió! —exclamó Dani.

—Claro que sí —repuso Nick—. Se supone que un sistema de seguridad debe ser seguro. Sería una baza demasiado buena para la competencia el hecho de que una niña de diez años sea capaz de dominarlo.

—Tienes razón —afirmó Dani—. Creo que esta noche tendremos que superarnos.

—De todas maneras, hacemos un buen equipo, ¿no crees, querida?

Ella esbozó una amplia sonrisa.

—Por supuesto.

Dani acababa de abrocharse el vestido cuando Gem anunció la llegada de los invitados.

—Por favor, necesito saber por qué la unidad de reproducción Sierra anda y habla —dijo la computadora.

—Oh, la hija de Raven Sierra es más mayor que Abigail —contestó Dani—.Tiene un nivel de desarrollo superior, Gem. De todas formas, antes de que podamos darnos cuenta, Abbey se pondrá a andar y a hablar también.

—Procesando —informó la máquina.

—Me parece muy bien —repuso Dani—. Mientras tanto, yo voy a recibir a los invitados.

A continuación, la señora Colter se dirigió al salón, donde se reunió con el resto de los asistentes a la cena.

Observó a Raven Sierra con interés. Era un hombre alto y delgado, moreno y con aspecto de haber pasado hambre. A Dani le recordó a un puma que había visto una vez, tiempo atrás. El animal estaba herido y hambriento y se había dedicado a merodear por los alrededores de la civilización. Sin duda, debió de pensar que cerca del hombre recibiría quizá la ayuda que necesitaba, aun corriendo el peligro de encontrar la muerte.

Dani se preguntó que opción habría tomado en la vida Raven: la confianza y la salvación, o la soledad y la carencia emocional que ello conllevaba. ¿Qué sería lo que habría causado esa reacción? El invitado se dejó escrutar por su anfitriona. Luego la miró a su vez con auténtica curiosidad de puma. Dani advirtió cierto cinismo en su mirada.

—Encantado de conocerla, señora Colter —dijo Raven Sierra.

—Por favor, llámame Dani —repuso ella.

Luego Dani sonrió a la hija de Raven.

¡Pobre niña! ¡Mira que tener un padre tan poco atractivo y con tan poco entusiasmo por darle una madre a su hija!

—Tú debes de ser River —prosiguió Dani.

La cría era de baja estatura. Sus movimientos eran ágiles y rápidos, y tenía unos ojos grises que recordaban las aguas de un río. Como su padre, llevaba el pelo largo y su mirada tenía una expresión increíblemente viva. Se quedó mirando seriamente a la anfitriona y luego sonrió mostrando la ausencia de varios dientes.

—¿Te gustaría conocer a Abbey? —le propuso Dani—. Está dormida, pero puedes hacerle compañía un rato, si quieres.

La niña no respondió, pero le tomó la mano a Dani y ambas se dirigieron al cuarto del bebé. Mientras caminaban, Gem comenzó a narrar un cuento.

—¿Qué es eso? —preguntó River.

— *La Bella Durmiente*, si no me equivoco —murmuró agobiada Dani.

La niña miró a su alrededor.

—¿De quién es esa voz? —insistió River.

—Se trata de Gem —contestó Dani—. Es nuestro ordenador central. Hace todo tipo de cosas para nosotros. Enciende y apaga las luces, abre y cierra las puertas, y prepara té o café. Con un poco de ayuda, incluso puede hacer la cena.

—¿Y puede… hablar? —quiso saber River.

—Sí, lo hace constantemente —respondió Dani con cierta brusquedad—.¿Quieres hablar con ella?

—Sí… Hola.

—Por favor, identifíquese —rogó Gem con su voz virtual.

La niña estaba desconcertada.

—Quiere que le digas cómo te llamas —le explicó Dani.

—Oh, me llamo River Sierra y he venido a ver al bebé.

Tras las presentaciones, se inició una sólida y duradera amistad. Gem comenzó a contarle infinidad de cosas acerca de las unidades de reproducción femenina. Fue una verdadera conferencia sobre los distintos estadios de la vida, hasta que Dani la interrumpió en la pubertad.

—Eso no es información complementaria para una niña de seis años, Gem.

—Por favor, código de autorización —solicitó la computadora.

—No necesito dártelo, Nick te ha programado para que obedezcas a las órdenes habladas, y lo sabes —repuso Dani furiosa, elevando la voz.

—¿Hay algún problema? —preguntó Raven, que se había acercado hasta el cuarto de Abbey.

Dani esbozó una sonrisa forzada, intentando ocultar lo que ocurría.

—En absoluto —contestó ella—. Simplemente, estoy ajustando el nivel de lenguaje que tiene que emplear el ordenador.

Pero el caso era que Dani había estado prácticamente chillando a la computadora.

—Pues parece que el sistema no está muy logrado —comentó Raven.

Para alivio de Dani, Nick entró en ese preciso momento en el cuarto de Abigail.

—No hay que preocuparse —aseguró Colter—. Solo hay que poner a punto ligeramente la programación para que obedezca la voz de Dani.

Entonces Nick le dio instrucciones a Gem, que se puso a procesar la información de inmediato.

—Ahora, River, podrás preguntarle a Gem cualquier duda que se te ocurra —dijo Dani.

—¿Le puedo pedir que me cuente un cuento, como si fuese mi mamá?

El padre de la niña se puso tenso y Dani se apresuró a darle un tierno abrazo.

—Por supuesto —respondió la señora Colter—. ¿Te apetece sentarte al lado de Abbey? Puedes contemplar al bebé mientras escuchas el cuento. Si se pone a llorar, avísame, ¿de acuerdo?

—Petición innecesaria —intervino Gem—. El llanto de Abbey cuenta con un nivel de alerta uno.

—¡Gem! —exclamó Dani—. Deja a River que nos llame ella.

La computadora emitió un antipático pitido.

—Eso quiere decir que sí —explicó Dani procurando sonreír educadamente.

Afortunadamente, después de esa conversación Gem se portó correctamente.

Estuvo «jugando» con River y le mostró a Raven con todo detalle las posibilidades de sus prestaciones. Durante la cena, los comensales charlaron largo y tendido sobre el tipo de sistema que podría convenir más a los Sierra, tanto en casa como en el lugar de trabajo. A Dani le pareció difícil definir con exactitud el perfil de exigencias de Raven. Era un hombre tan impenetrable como su marido.

Hacia el final de la velada, Dani fue a la cocina para hacer café. Mientras tanto, Raven y Nick se quedaron hablando de los aspectos técnicos. El servicio del restaurante había terminado de recoger todos los cacharros hacía un buen rato. La habitación estaba inmaculada y completamente en orden. Como los elementos de la cocina estaban ocultos por paneles decorativos, Dani no supo identificar donde estaban el fregadero y el frigorífico.

—Gem, ¿sabes dónde está el fregadero? —le preguntó ella al ordenador.

—Afirmativo.

—Pues dímelo —ordenó Dani impaciente.

—Esa información corresponde a un nivel de alerta uno —respondió Gem.

—¿Me estás tomando el pelo? —repuso Dani.

—Un momento —contestó Gem—. Tomar el pelo: burlarse de alguien haciendo gala de sentido del humor. No estoy programada para esa función.

—¡Quieres obedecerme, pedazo de chatarra! Nick te ha programado para que aceptes el mandato de mi voz.

—La señora Colter no cuenta más que con autorización de acceso de nivel dos —dijo Gem tozudamente.

—¡Impertinente! —exclamó Dani sin dar crédito a lo que estaba pasando.

—¿Se puede saber qué está ocurriendo aquí? —preguntó Nick, entrando en la cocina bruscamente—. Se os oye discutir a las dos desde el comedor.

—La culpa no es mía —respondieron las dos al unísono.

Capítulo 9

Dani miró con indignación a su marido.

—Tu computadora no quiere decirme dónde está el frigorífico — dijo ella.

—¿Gem?

—La señora Colter solo tiene acceso al nivel dos de seguridad — repuso la máquina—. La petición de acceso al nivel uno ha sido denegada.

—Gem, quiero que le des a la señora Colter acceso al nivel uno, ¿queda claro? —ordenó Nick—. A partir de ahora obedecerás sus órdenes de voz. Absolutamente todas.

—Afirmativo.

Dani se cruzó de brazos.

—Dime ahora donde está el frigorífico —insistió ella—. Lo cierto es que no entiendo por qué los elementos de la cocina corresponden a un nivel de seguridad uno.

—Ya te lo explicaré en otra ocasión, recuerda que tenemos invitados —adujo Nick.

Pero Dani se quedó con la sensación de que su marido le estaba ocultando algo.

—Pues intenta hacerlo de inmediato —le urgió Dani—. Me imagino que a Raven no le importará esperar medio minuto.

Nick vaciló un instante. Luego comenzó a hablar.

—Desde el principio, he sido el único que ha tenido acceso al nivel uno, exceptuando al padre de Peter, mientras que vosotros dos no lo habéis tenido nunca.

—¿Se puede saber por qué?

—Porque el nivel uno te permite cambiar la programación de Gem —explicó Nick—. Puedes imaginarte que para mí suponía una gran responsabilidad dejar el control de los sistemas de seguridad en manos de otras personas.

Sin duda estaba siendo sincero.

—Está bien, Nick —repuso Dani, más serena—. Ahora puedes marcharte.

Entonces, de pronto, el frigorífico se abrió de par en par.

—¡Santo cielo! —exclamó ella—. Esto es maravilloso. ¿Se lo has enseñado a Raven?

—Pensé hacerlo, pero luego me di cuenta de que tú no lo habías visto todavía —respondió Nick—. Y como no quieres que nuestro invitado sepa que te acabas de mudar a mi…

El hombre tomó con la mano la barbilla de su esposa y la besó en

los labios.

—Te habrías enfadado —prosiguió Nick—. Gem, haz el café.

—Afirmativo.

A un lado de la cocina, una cafetera eléctrica comenzó a emitir gorgoteos mientras se hacía el café.

—Esto es increíble —comentó fascinada Dani.

—Me alegro de que estés impresionada —repuso Nick.

Entonces, su marido vaciló y acercó su boca a la de Dani. La besó de un modo intenso. Al parecer, Nick había decidido que Raven podía esperar unos segundos más.

—Bienvenida a casa —siguió diciendo Colter, con un murmullo.

Dani lo abrazó apasionadamente. Aquellas palabras tan posesivas habían hecho mella en su corazón. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, su vida había recuperado la esperanza.

Era de noche y la casa estaba envuelta en un profundo silencio. Con frecuencia, Nick padecía insomnio. Aquello le ocurría desde que era pequeño, y solía remediarlo poniéndose a trabajar. Pero esa noche sus ocupaciones no conseguían calmarlo.

Hacía aproximadamente una hora que había oído como se levantaba Dani de la cama, para ir a darle el pecho al bebé. Le habría encantado reunirse con ellas, pero finalmente, había rechazado la idea. No quería molestar a su esposa, sobre todo teniendo en cuenta lo mucho que le apetecía abrazarla y besarla en cuanto la veía.

Nick salió de su despacho y se dirigió a la habitación de Dani. Al ver que la puerta estaba entreabierta y la luz encendida decidió entrar. Sonrió al descubrir a su esposa completamente dormida con un libro en el regazo. Al parecer, no era él el único que había tenido problemas para conciliar el sueño.

Viéndola así, ante él, Nick recordó lo afortunado que era de estar casado con aquella mujer. Además, había nacido la hija de ambos, que era una preciosidad. Nick había conseguido que su esposa durmiera en su casa y pronto se aseguraría de que compartieran la cama. Ya tenía todo lo que había ansiado en el mundo. Solo tenía que conservarlo.

No sería fácil. Dani estaba muy influenciada por las malas experiencias con Peter. Y Nick no la culpaba por ello. Con ese nuevo matrimonio ella deseaba encontrar un compromiso profundo, pero, sobre todo, amor. Y eso era algo que él no le podía dar fácilmente. Ni siquiera sabía si era capaz de experimentar afecto. De lo que estaba seguro era de que sentía una gran atracción física hacia Dani. Pero, ¿amor?

—¿Señor Colter? —lo llamó Gem.

—¿Qué pasa, Gem?

—¿Está ocurriendo algo inusual? —preguntó la voz virtual.

Nick sonrió.

—No, solo estaba comprobando que Dani se encuentra bien.

—¿Se está produciendo alguna desviación? —quiso saber Gem.

—No, al menos hasta ahora —respondió Nick.

No hasta que él pudiera ofrecerle a su esposa algo más que placer físico.

—Apaga las luces, Gem —prosiguió Nick—. Ah, y avísame si ella necesita algo.

—Afirmativo, señor Colter.

Las siguientes dos semanas transcurrieron muy agradablemente. Aunque Dani no tenía grandes expectativas respecto a su matrimonio, con el tiempo había surgido cierta armonía entre Nick y ella. Tenían una relación de camaradería muy intensa.

Habían pasado tres semanas desde que celebraron la cena con Raven Sierra. Él les había encargado la aplicación de un sistema de seguridad adaptado a sus necesidades. Nick y Dani estaban trabajando en el proyecto colaborando estrechamente. Cada día, después de terminar el trabajo, se sentaban en el sofá y se dedicaban a reír y a charlar de diversos temas. Algunas noches, veían un vídeo o leían una novela. Pero los momentos más preciados eran los que compartían con su hija Abbey jugando sobre su regazo. Sin embargo, estos instantes eran poco frecuentes.

Durante las tres semanas, Dani hizo esfuerzos por abandonar los temores de un nuevo fracaso matrimonial. Nick era más serio que Peter, más sólido emocionalmente, aunque no fuera consciente de ello. Lo que tenía que hacer era cebar su bomba de agua. Ayudarle a hacer aflorar sus sentimientos. Pero hasta que él pudiera sentir emociones con libertad, tendría que ser paciente. Necesitaba tiempo, solo un poco de tiempo.

—¿Dani? —la llamó Nick saliendo de su despacho—. ¿Dónde has estado?

—Oh, creo que se me olvidó comunicarle a Gem que tenía una cita con el doctor —repuso ella.

—¿Se trata de Abbey? —preguntó Nick con preocupación.

—Si hubiera algún problema, no te lo habría ocultado —le aseguró Dani—. He ido a visitar al médico porque han pasado dos meses desde que di a luz y…

Entonces, ella se sonrojó ligeramente.

Nick se relajó.

—Y el doctor te ha dado permiso para mantener relaciones de nuevo, ¿no es así?

—Sí —contestó Dani sin más.

—Me alegro mucho de que estés bien —dijo él.

—Gracias —respondió Dani—. Estaré en el cuarto de Abbey, por si me necesitas. Voy a darle de mamar.

Nick se iba a introducir otra vez en su despacho, cuando Dani instintivamente le propuso:

—¿Quieres acompañarnos?

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres? —preguntó Nick.

—Me encantaría, pero solo si no vamos a molestarte demasiado —le aseguró Dani.

—¿Por qué no le das el pecho aquí mismo, en mi despacho? —le propuso Nick.

—¿Aquí?

—¿Por qué no? —respondió Nick—. Puedes sentarte en el sofá y contarme mientras tanto lo que has hecho hoy.

Dani no quería negarle esa pequeña alegría. ¿Quién le hubiera dicho a ella semanas atrás que iba a tener miedo de contrariar a su marido? Hacía tan solo dos meses, no le importaba en absoluto el parecer de Nick. ¿Acaso no era tan frío?

En aquel momento tenía la impresión de todo lo contrario.

Dani se extendió en el sofá pegada al cuerpo de su marido que también estaba recostado con las piernas entreabiertas. Aquella postura a la que ella se había habituado era simplemente maravillosa. Tomó al bebé y procedió a desabrocharse la blusa y el sujetador.

—Nick —dijo ella.

—¿Qué?

—No eres como Gem, ¿verdad?

—Por supuesto, somos iguales —respondió él sonriendo—. ¿No es eso lo que siempre has pensado de mí?

—Antes sí, pero ahora ya no —afirmó Dani, mientras su hija mamaba plácidamente.

—¿A qué te refieres, exactamente? —quiso saber Nick.

Pero Dani no supo qué contestar. Entonces decidió cambiar de tema.

—¿Qué es esa pantalla que está detrás de tu mesa?

—Es un monitor de vídeo —contestó Nick—. Es capaz de reproducir hasta dieciséis imágenes al mismo tiempo. Los monitores de las otras habitaciones, no reproducen más que una.

—¿Hay uno en cada habitación? —preguntó Dani.

—Sí.

—¿Y qué es lo que quieres observar, exactamente?

—Cualquier cosa que esté conectada al sistema de vídeo: la casa, la

oficina, la televisión. E incluso los domicilios de algunos de nuestros clientes que así nos lo han pedido.

—No estaba al tanto —dijo Dani—. Espera un momento. ¿Eso quiere decir que todas las habitaciones aparecen en el vídeo?

—Sí —respondió Nick—. En el caso de que haya una emergencia, consultando a Gem puedo visualizar lo que ocurre y hacer una evaluación de la situación.

—¿Y el vídeo está grabando todo lo que hacemos constantemente?

—No, solo cuando yo se lo ordeno —contestó Nick—. Creo que deberías saber que en casa de Peter también había cámaras que reproducían todos vuestros movimientos. Él me pidió que las instalara, aunque nunca llegó a activarlas.

Entonces, Dani recordó que después de que naciera Abbey, su marido había conectado visualmente las dos casas por medio de los monitores. A Dani le surgió una pregunta al cabo de un segundo. Estaba furiosa.

—¿Y tú las activaste?

Nick la estrechó más aún en sus brazos, como para evitar que se distanciara de él. De ese modo, Dani supo cual era la respuesta aun antes de oírla.

—Sí.

Pero la contestación fue tan suave y atenta que la ira de su esposa desapareció por completo. Dani apartó ligeramente la vista de su hija.

—¿Por qué, Nick? ¿Por qué irrumpiste en mi vida privada de esa manera?

—Actué de ese modo cuando os vi llorar a Abbey y a ti al mismo tiempo —respondió Nick.

Para ser un hombre sin sentimientos, aquel acontecimiento le había llegado al alma.

—Gem me advirtió de que había una emergencia —repuso el hombre—. Por eso encendí el monitor. Estabas sentada en la mecedora sollozando tan fuerte como tu hija.

Luego fue cuando apareció él medio desnudo, ansioso por ayudarlas.

—¿Le has dicho a Gem que nos grabara en otros momentos? —preguntó Dani.

—Sí —contestó Nick, poniéndose tenso—. Por las mañanas, he estado conectando la cámara del cuarto de Abigail. La he estado observando y hablando con ella. Era como hacerla una visita. Sé que hice mal, pero no he podido evitarlo: al fin y al cabo, es mi hija. Y yo quería verla todos los días, no solo varias veces a la semana.

¿Puedes comprenderlo?

—Sí, claro que lo comprendo —respondió Dani—. Pero tenías que haberme pedido permiso antes.

Entonces ella se arriesgó tratando de cebar la bomba y añadió:

—Quieres mucho a Abbey, ¿verdad?

—Es mi hija.

—¿Pero la quieres? —insistió Dani.

Él se irguió.

—Daría mi vida por ella y haría cualquier cosa con tal de protegerla. Quiero formar parte de su vida y que ella forme parte de la mía.

—Pues, entonces, dilo —lo retó Dani.

Se hizo un silencio y ella cerró los ojos.

Era muy doloroso comprobar lo sincero que estaba siendo su marido. Si lo natural era poder sentir afecto, a pesar de haber tenido una niñez tan peculiar, Nick no tendría por qué ser diferente al resto de las personas. Su problema consistía en que no había encontrado una manera de expresar sus emociones. Ni siquiera se había parado a analizar lo que significaban. Lo que ella podía hacer era acercarse a él y liberarlo de la capa de hielo que lo aislaba del resto de los humanos. Tenía que encontrar una forma de cebar su maldita bomba. Dani estaba convencida de que aquel hombre al que amaba con locura podía correspondería, de alguna manera.

¿O acaso estaba equivocada? Estaba claro que Peter no lo había hecho. Aquel pensamiento la hizo estallar en sollozos.

Tras el largo silencio, Dani retomó la palabra.

—¡No puedo más! Yo no puedo vivir así. Pensé que podía seguir adelante con nuestro trato, pero no es así.

La madre se levantó de golpe del sofá haciendo estremecerse a Abbey en sus brazos. Nick se puso de pie de inmediato y la siguió hasta el cuarto de la niña. Una vez allí, él la abrazó por los hombros. Luego tomó al bebé para meterlo en la cuna.

Entonces dirigió la mirada a los ojos llorosos de Dani, de un modo frío y distante.

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó—. ¿Qué más puedo ofrecerte que no te haya dado ya?

—¿Por qué tuvimos que hacer el amor el día de Fin de Año? ¿Por qué me besaste si yo iba solo a llevarte unos documentos?

—¿Sabes por qué? —la interrogó Nick.

—Porque me deseabas —contestó Dani.

—En parte, es cierto —repuso Nick.

—¿Eso es todo? —quiso saber Dani, ansiosa por descubrir cualquier atisbo de emoción en el rostro de su marido—. ¿Acaso

significó tan poco esa noche para ti? ¿No fue más que una forma divertida de empezar el nuevo año?

—Yo nunca he dicho eso.

—¡Tú nunca dices nada! —exclamó Dani.

Se hizo un silencio.

—Yo no podía imaginarme que existiera una conexión entre nosotros dos —prosiguió ella—. Y no se trató solo de una ilusión por mi parte. Estoy segura de aquella unión profunda tuvo lugar.

—¿Palabras?, ¿eso es lo que tú quieres? —preguntó Nick—. No puedes vivir sin que te cuenten un cuento, como solía hacer Peter.

—No es cierto.

—¿O es esto lo que quieres? —dijo Nick.

Entonces su marido la dejó atónita, besándola en los labios apasionadamente y tomándola en sus brazos. En aquellos instantes, la deseaba como nunca, de una forma desesperada y contundente.

—No, Nick, por favor, no podemos… —dijo Dani entrecortadamente.

—Ya hemos hecho el amor una vez, nuestra hija es la prueba de ello —adujo Nick.

—Pero eso no implica que esté bien lo que quieres hacer —añadió Dani—. Tú no me quieres. Ni siquiera quieres a tu hija.

La mandíbula de Nick se puso tensa.

—Me he unido a ti —comenzó a decir el hombre—. Me he comprometido a que funcione nuestro matrimonio. Estoy tratando de actuar de un modo acertado contigo y con Abigail. Y los dos sentimos deseo por el otro. ¿Acaso vas a negarlo?

Los ojos de su esposa se llenaron de lágrimas.

—No, no puedo negarlo —admitió ella—. Pero eso no mejora la situación. No sirvió de mucho cuando concebimos a Abbey, ni ahora tampoco.

—Aún quedan diez meses para que concluya nuestro trato —agregó Nick—.¿Piensas abstenerte de tener relaciones sexuales todo ese tiempo?

—Esa era mi intención —respondió Dani, lanzando una carcajada.

—Por favor, Dani —le rogó Nick—, hagamos que funcione nuestra unión.

—Yo creo que si te casas, debe ser para siempre —afirmó ella—. Pero Peter no estaba de acuerdo con la idea. ¿Y tú, Nick?

—Peter era un estúpido —contestó su marido—. No merecía tu amor ni tu confianza.

—No has contestado a mi pregunta –insistió Dani—. ¿Quieres que nuestro matrimonio sea para toda la vida?

El silencio era palpable. El cuerpo de Nick se puso en tensión y Dani tuvo la impresión de que la iba a rechazar.

—No pienso dejaros ni ti ni a Abigail —repuso él finalmente—. Haré todo lo posible para que seáis felices. Puedes confiar en mí, Dani, no voy a marcharme de vuestro lado.

—¿Pero nos quieres?

Nick permaneció callado y Dani supo que era ella quien tendría que responder a la pregunta.

Lo cierto era que Dani no podía vivir sin amor. Sin embargo, lo había hecho con Peter. ¿Y quién sabía si tendría que repetir la misma experiencia con Nick? Pero era posible que, con el tiempo, su segundo marido y ella llegaran a amarse. Puede que, con afecto, ella consiguiese derretir el hielo que cubría su corazón. De lo que estaba segura era de que Nick no la haría sufrir como lo había hecho Peter. Después de todo, los dos hombres eran distintos.

Nick debió de adivinar la actitud que tomó su esposa, porque, sin más palabras, la tomó en brazos y la condujo a su dormitorio. Una vez dentro de la habitación, la depositó en el suelo y ambos quedaron frente a frente, mirándose a los ojos. En cierto modo, tenían miedo de entregarse el uno al otro, a pesar de que lo estaban deseando.

Ese pequeño último paso por dar, los llenaba de recelo.

Dani lanzó un profundo suspiro. De pronto, fue consciente de que tenía la blusa desabrochada. En efecto, se le había olvidado cerrársela después de darle el pecho a su hija. El sujetador estaba abierto, dejando al descubierto un pezón.

Nick también lo vio. Lentamente, se acercó a ella y mantuvo abierta la camisa.

Dani no protestó, al contrario, le dejó observarla atentamente.

—Realmente has cambiado —dijo Nick.

Ella rió dulcemente.

—Eso es lo que ocurre cuando se tiene un hijo —contestó Dani.

—Quiero poder contemplar el resto de los cambios que se han producido en ti—añadió Nick, mientras comenzaba a quitarle la blusa y el sujetador.

Las prendas resbalaron por los brazos. Los dedos de Nick danzaron sobre la superficie erecta de los pezones oscuros.

—Ahora son más grandes, han cambiado de color —prosiguió el hombre—. Y están más llenos que antes.

Dani tuvo un escalofrío.

—¿Te importa mucho? —preguntó ella.

—En absoluto —respondió Nick—. Cuando hagamos el amor, ¿te saldrá leche?

—No… No lo sé —contestó ella, sorprendida.

—Ya lo descubriremos sobre la marcha —repuso su marido, disponiéndose a terminar de desvestirla—. Ahora voy a quitarte el resto de la ropa.

Dani asintió en silencio. Nick encontró el botón de sus vaqueros, lo abrió y le bajó la cremallera. Se los empezó a sacar primero deslizándolos por las caderas y luego por cada pierna. Entonces, Dani introdujo sus dedos entre los cabellos rubios de su marido. De pronto, fue consciente de que la única prenda de ropa que la cubría era un triángulo blanco de algodón. De inmediato, tuvo un escalofrío.

Para sorpresa de Dani, Nick, en vez de terminar de desnudarla, le puso la mano en el vientre.

—Me cuesta pensar que hace unos meses Abigail estuviese aquí dentro —dijo él.

—Puede ser que a ti te resulte difícil, pero a mí no —repuso su esposa.

—Me habría gustado estar presente para contemplar todas las etapas del embarazo —se lamentó Nick con los ojos más azules que nunca—. Bueno, quizá la próxima vez…

—¡Todavía no estoy en forma y ya estás pensando en la próxima vez! —exclamó Dani.

—Soy hijo único y no quiero que le ocurra lo mismo a Abigail —afirmó Nick—. Quiero que disfrute de una familia como la tuya en vez de padecer una como la mía.

A continuación, tomó con las manos las caderas de su esposa y deslizó la boca por las líneas plateadas que surcaban su vientre.

—Se llaman estrías —explicó su esposa con una breve sonrisa—. Me recuerdan a las carreras de las medias, solo que no puedo tirar mi piel a la basura y comprarme otra nueva.

—En ese caso, considéralas heridas de guerra, o condecoraciones —propuso Nick—. Además, solamente las voy a ver yo…

Aquello era una declaración en toda la regla, no una pregunta…

—Y me parece que son bonitas —prosiguió su esposo.

Antes de que pudiera darse cuenta, Nick la había dejado completamente desnuda deslizando las bragas blancas por sus largas piernas. Lo lógico era que ella se sintiera vulnerable y desvalida. Pero no fue así. Gracias a Nick, se encontró bella y deseada. El hombre procedió a deshacerse de la ropa sin perder un segundo.

Primero se quitó la camisa, luego los vaqueros y la ropa interior. Cuando los dos estuvieron desnudos se unieron cuerpo a cuerpo, sin obstáculos de ninguna clase.

Ambos hicieron que los recuerdos que habían evocado tantas y

tantas veces a lo largo de los nueve meses de separación, cobraran vida de nuevo. Ella deslizó una mano sobre el vello del pecho masculino y Nick succionó sus pechos turgentes.

Entonces Dani acarició con la palma de la mano los potentes músculos de su torso atlético, mientras él aproximaba su boca por el vientre y los muslos de su esposa.

Cuando ella fue a pasar la mano por el oscuro triángulo entre las caderas de Nick, él la detuvo en seco.

Entonces la hizo tumbarse en la cama que estaba a su espalda. Las sábanas bordadas de la boda estaban puestas.

En ese momento, comenzó una lucha que los dos habían temido durante largo tiempo. No obstante, el deseo urgente y fogoso los estaba devorando hasta el último centímetro de piel. Llegó un momento en que la furia cedió. Fue cuando Dani hizo ondular sus caderas con una gracia propia de la madre naturaleza. De ese modo, atrapó a Nick entre sus muslos de seda. Él había pensado hacerla suya poco a poco, muy lentamente. Pero, no obstante, fue incapaz de hacer frente a la tormenta de pasión que se había ceñido sobre su alma, tal y como había ocurrido la noche de Fin de año. Centró su cuerpo sobre el de Dani y se introdujo en su interior lleno de encanto y misterio.

Nick respiraba profundamente, caldeando la garganta de Dani con su aliento.

La tomó por las caderas procurando proteger con los dedos la zona lumbar de su esposa.

—No quiero hacerte daño —le dijo Nick.

Ella sacudió la cabeza y los oscuros cabellos se agitaron sobre la almohada de color marfil.

—Solo si paras ahora me romperías el corazón.

—Pues no te preocupes, que te voy a llevar al paraíso —le aseguró su marido.

Entonces, la pareja se entregó como nunca a disfrutar del edén. Tras intercambiar urgentemente caricias y besos con verdadera pasión, ambos cabalgaron buscando desenfrenadamente la culminación en un instante de placer supremo. Ya no había vuelta atrás. Dani envolvió al hombre con su cuerpo y aspiró la esencia de su vida por todos los poros de su piel. El momento sublime fue muy breve. No podía ser de otro modo. Pero durante ese instante, Dani pudo ver como el caparazón de hielo que aislaba el corazón de su marido se derretía irremediablemente. Él le había entregado a su esposa todo cuanto poseía en el mundo.

La espera larga de tantos meses había tenido como broche final un clímax repleto de amor y deseo. Ante ellos se encontraba el futuro.

Dependía de los dos que consiguieran ser felices. Nick tenía que encontrar la forma de liberar sus sentimientos aletargados, y Dani debía descubrir el modo de estimularlos.

Cuando Dani se despertó, aún era de noche. Nick dormía a su lado, abrazado a ella.

—Luces —murmuró ella—. Diez vatios.

Una suave penumbra invadió la habitación. Dani se puso a observar el rostro de su marido. Incluso durmiendo, Nick nunca estaba relajado. Su expresión siempre estaba alerta. Habían sido muy pocas las veces que ella había conseguido ver más allá de aquella máscara inerte. En total, las dos veces que habían hecho el amor, y otras tres veces que habían estado jugando con Abigail. En esas ocasiones, Dani había podido ver en los ojos de su marido un anhelo desgarrador recorrerle el alma. Lo que demostraba su teoría: Nick era perfectamente capaz de sentir afecto. Y además, de un modo muy profundo.

«Cebar la bomba». Aquellas palabras resonaron en la mente de Dani. Eso era todo lo que tenía que hacer.

Con delicadeza, se deshizo de los brazos de su marido y se puso un camisón.

Luego se dirigió a la habitación de Abigail, aunque no era la hora de darle de mamar.

Una vez allí, se acercó a la cuna y se inclinó sobre ella. Contempló el rostro del bebé que estaba dormido y le acarició la sonrosada mejilla. Al cabo de unos instantes abandonó el cuarto y se dirigió al salón para disfrutar del inicio del amanecer, cuyo bello resplandor podía verse por una amplia ventana. Era como presenciar el despertar de su propia alma, desentumeciéndose poco apoco.

Como el amor que sentía por Nick y que siempre había estado ahí. Sin embargo, había tenido que permanecer cinco años oculto hasta que llegara el momento de brillar como el sol de la mañana.

Dani estaba completamente quieta disfrutando de ese momento de serenidad cuando Gem comenzó a hablar.

—¿Señora Colter?

—¿Sí, Gem?

—¿Está ocurriendo algo inusual?

Ella tuvo ganas de contestar que sí. La oscuridad había abandonado su vida con la aurora. Pero en vez de comunicarle sus pensamientos a la computadora, se puso a reír.

—No, Gem. No ocurre nada extraño.

—¿Desea formular alguna petición? —preguntó solícita Gem.

Aquellas palabras sorprendieron a Dani.

—¿Por qué lo dices? —dijo la señora Colter.

—El señor Colter me ordenó que lo avisara si usted necesitaba algo —contestó la voz virtual.

—No necesito nada en absoluto —repuso Dani.

Lo que no era del todo cierto. Había algo de Nick que no la dejaba satisfecha.

Era algo que él le había contado con medias palabras y que la inquietaba realmente.

—Gem, ¿por qué tiene problemas financieros SSI? —preguntó Dani.

—Procesando —respondió Gem—. Pérdida de activos como resultado de una reducción de la ganancia neta. Datos financieros disponibles solo en el ordenador central.

Dani frunció el ceño.

—¿Cómo es posible que haya habido pérdida de activos? ¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Los activos fueron retirados ilegalmente de SSI —contestó Gem.

A Dani le costó varios segundos caer en la cuenta de lo que significaba aquello.

Entonces en su alma surgió un oscuro presentimiento.

—Explícamelo con detalles, Gem —ordenó la señora Colter.

—La explicación requiere un nivel de seguridad uno.

—¡Lo tengo! —exclamó Dani, elevando el tono de voz—. Ahora cuéntamelo todo.

—Procesando —respondió la computadora.

Tras unos segundos que parecieron una eternidad, Gem contestó.

—Los fondos de SSI fueron retirados ilegalmente por Peter Sheraton, de la cuenta número…

—Transmisión finalizada —la interrumpió la voz de Nick.

Capítulo 10

Dani dio media vuelta, enfrentándose a Nick.

—¿Es eso cierto? —preguntó ella—. ¿Malversó Peter los fondos de SSI?

—Sí, es verdad.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—El día de su muerte —respondió Nick.

—Y no has recuperado el dinero, ¿verdad? —dijo Dani, con voz temblorosa—. Por eso SSI está en bancarrota.

Nick vaciló unos instantes antes de contestar.

—No, no lo he recuperado y, sí, esa es la causa de los problemas financieros de la compañía.

—¿Qué hizo con el dinero? —quiso saber Dani—. ¿Por qué no has podido recuperarlo?

Él le dio la espalda y ella frunció el ceño.

—¿Nick? —insistió Dani.

—¿Quieres saber la verdad? —preguntó él.

—Resultaría de lo más interesante —contestó ella con sarcasmo.

—Encontré el dinero —dijo Nick—. Pero decidí no recuperarlo.

Dani apenas podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Pero por qué? ¡Cielo santo, Peter debió llevarse cientos de millones!

—En efecto.

—¿Por qué no lo devolviste a SSI? —quiso saber Dani.

—Vamos a ver… —comenzó a decir Nick—. Siéntate, Dani, por favor.

—No. Quiero que me contestes primero.

—Es mejor que te sientes —insistió antes de continuar—. Peter le entregó el dinero a Christy Vallens.

—¿Su secretaria…? —murmuró Dani—. Pero si me iba a dejar por ella. Fue en ese instante cuando tuvo el accidente.

—Sí.

—No lo entiendo…

—Ella estaba embarazada —explicó Nick.

Dani se quedó atónita.

—No puede ser —repuso ella.

—Christy tuvo el hijo de Peter y ahora madre e hijo viven en Europa.

—¡Pero si él era estéril! —exclamó Dani.

Nick esbozó una sonrisa amarga.

—Por lo visto, eso no era cierto —contestó—. Por medio de

complicados análisis de paternidad por los que tuve que pagar una cifra astronómica, al final conseguí saber lo que quería. El niño es realmente de Peter.

—Ella debe de haber mentido. Seguramente, falsificó los resultados de los análisis sobornando a los médicos.

Nick sacudió la cabeza.

—¿Por qué crees que llegué hasta tan lejos con esta historia? —preguntó—.Tenía que asegurarme de que ella tenía razón.

—¿Cómo la encontraste? —quiso saber Dani.

—Los documentos que me entregaste en Fin de Año, me proporcionaron toda la información que necesitaba para dar con ella.

—¿Por qué no hiciste que la detuvieran?

—¿Para qué? ¿Para que la metieran en la cárcel y al niño lo entregasen a la asistencia social del Estado? ¿Acaso era mejor dejar al hijo de Peter sin herencia? Me pregunto si tú habrías reaccionado así.

Pero ella negó con la cabeza lentamente.

—Al fin y al cabo, la mitad del dinero de SSI era de Peter, no mío —dijo Dani pausadamente.— Si hubiera venido a verme para venderme su parte, se la habría comprado —dijo Nick—. Pero me imagino que optó por desfalcar a la empresa. El embarazo de Christy los pilló desprevenidos. No tenían tiempo que perder si no querían verse envueltos en pleitos interminables en los tribunales.

—Por mucho que te hubiera vendido sus acciones, me habría abandonado del mismo modo —afirmó Dani tristemente.

—Eso es cierto —admitió Nick—. Y habría comenzado a tramitar el divorcio, dejándote sin recursos de un día para otro.

«Sin mi puesto de trabajo ni un sueldo para poder vivir», pensó Dani con espanto.

Nick pareció leerle el pensamiento, porque se acercó a ella y la tomó por los hombros.

—No te preocupes, Dani. Ahora eres mi esposa. Todo lo demás no importa. Peter ya no importa en absoluto. Tenemos nuestra propia vida y a Abigail. Juntos, podemos salir del paso, te lo aseguro.

—Has estado manteniéndome todo este tiempo, ¿verdad Nick? —dijo Dani.

—Ya te lo he dicho, eso no tiene importancia.

—Sí la tiene, al menos para mí —insistió ella, al borde de las lágrimas—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Por la misma razón que no me contaste lo de tu embarazo —adujo Nick—. Me imaginé que reaccionarías haciendo alguna tontería, algún gesto noble y lleno de generosidad.

—¡Maldito seas, Nick! —exclamó ella caminando en dirección a la

amplia ventana.

Entonces Dani se cruzó de brazos. Dio media vuelta y desafió a su marido con la mirada.

—Te has dedicado a tomar decisiones acerca de mi vida y no tenías derecho a hacerlo —dijo ella.

—Tú hiciste lo mismo, o es que no recuerdas la causa de nuestra boda —repuso Nick—. ¿Qué habrías hecho si hubieras sabido la verdad?

—Habría vendido la casa. Así habría obtenido una gran suma de dinero que me podría haber permitido buscar otro trabajo.

—Cuando Peter murió, la casa estaba hipotecada hasta los cimientos.

El rostro de Dani se lleno de pánico.

—¡No puede ser! Eso es imposible. La casa era completamente nuestra.

Nick sacudió la cabeza.

—Peter la había hipotecado y juntó ese dinero con el de la empresa —repuso él—. Lo descubrí tres semanas después de su muerte. Comprendí que Peter te iba a dejar en la calle intencionadamente.

—¿Pero por qué iba a hacerme daño? —se preguntó Dani, sollozando—. Yo era su esposa y lo quería…

Entonces Nick la tomó en sus brazos.

—No te das cuenta de que te hizo un favor: si no te hubiera dejado, no habrías tenido a Abigail —contestó él.

—Dime una cosa, Nick. Si no hubiera ocurrido nada en Fin de Año y si no me hubiera quedado embarazada, ¿habrías seguido considerándome tu socia? —le preguntó Dani.

—Por supuesto, tú eres mi socia.

—No, no lo soy —dijo Dani—. Peter puso punto final a mi colaboración con SSI. ¿Cuánto tiempo más habrías seguido con la farsa?

—Todo lo necesario.

—Nuestro trato expiraba dentro de diez meses —afirmó Dani—. Después, ibas a comprarme mi parte de la compañía. Pero el problema es que ya no existe tal participación. Entonces, ¿qué es lo que pensabas hacer? ¿Decírmelo al final de nuestro matrimonio? Sin dinero, no podría haber montado mi propio negocio. No habría sido capaz de mantener a Abbey. Tú habrías tenido el control absoluto de la situación. Nos habrías tenido en la palma de la mano.

Nick se recluyó tras su máscara de hielo, como lo había hecho en el pasado.

—¿Es eso lo que piensas? —preguntó, al cabo de unos segundos.

—¡Ya no sé qué pensar! —exclamó ella—. Nuestras vidas se han convertido en una gran mentira. Ya no sé lo que es cierto y lo que no.

Dani se deshizo de los brazos de su marido.

—¿Por qué no me dijiste la verdad? —prosiguió ella—. Lo único que te he pedido es que seas honesto conmigo.

—Tú no quieres honestidad, lo que quieres es una garantía; y un montón de palabras —repuso Nick—. Sean verdaderas o falsas. Quieres que te dé algo que no tengo, y eso no es ser honesto.

—Dijiste que podía confiar en ti —le recordó Dani—. ¿Acaso no significó nada para ti lo de ayer por la noche?

La mandíbula de Nick se puso tensa.

—Si lo que buscas es la verdad, no me obligues a decir una mentira.

Estupendo. Esa era la respuesta que ella estaba esperando.

—De acuerdo —dijo Dani—. No habrá más mentiras. ¿No tienes nada más que decirme?

Ella estaba decidida a no dar rienda suelta a sus emociones. Se negaba a hacer una escena.

—Sí, hay algo más.

—¿Señor Colter? —lo interrumpió Gem súbitamente.

—Ahora no, Gem.

—Emergencia en la residencia del señor Colter padre —continuó la computadora.

—Activa la comunicación —ordenó Nick.

—¿Nick? —dijo una voz de mujer asustada—. Soy tu madre. Hemos tenido un accidente en el laboratorio. Necesitamos tu ayuda.

—Voy de inmediato —contestó Nick—. Gem, avisa a la policía y cuéntales lo que ha ocurrido. Me reuniré con ellos en la casa de mis padres dentro de diez minutos.

Luego Nick se dirigió a su esposa.

—¿Estarás aquí cuando vuelva?

—No lo sé.

—Me tengo que marchar: al fin y al cabo son mis padres —explicó él.

—Lo comprendo.

—No hemos terminado, Dani —le aseguró Nick—. Si no estás aquí cuando regrese, te juro que seguiré tus pasos hasta encontrarte.

Y tras decir aquello, Nick se marchó.

Dani estuvo pensando durante horas qué decisión tomar. Estaba realmente dolida por todas las mentiras y la autosuficiencia de Nick.

Sabía que solo podía recuperar el control de la situación rodeada de su familia.

Por eso, lo mejor era marcharse a casa de sus padres con Abbey, para aclarar sus ideas.

Se dirigió a su habitación y se vistió. Luego, sacó una maleta de entre las cajas que estaban en la parte inferior del vestidor y la llevó al cuarto de la niña. Una vez allí, procedió a llenarla con la ropa del bebé.

—Solicito información —dijo de repente Gem.

—¿Qué ocurre?—preguntó Dani.

—Desviación anómala de rutina. Solicito explicación.

—Estoy haciendo las maletas —contestó Dani.

—Un momento, procesando —repuso la voz virtual.

—Es muy simple: Abbey y yo nos marchamos.

—¿Con destino a dónde?

¡Qué computadora tan entrometida!

—A cualquier parte lejos de aquí —contestó Dani.

—¿Hora de regreso? —insistió Gem.

—Ninguna: sencillamente no volveremos más —sentenció Dani, poniendo una pila de pañales en la maleta.

—Emergencia. Situación de desviación peligrosa inminente.

—¿De qué emergencia se trata? —preguntó Dani.

—Desviación comunicada —afirmó Gem.

—¡Pedazo de chatarra! —exclamó Dani—. No se trata de una desviación, simplemente: me marcho.

—Alerta total —contestó la máquina.

—No avises a Nick. Ni se te ocurra, Gem.

—El señor Colter no está disponible. Es preceptivo cerrar accesos.

Dani se vio invadida por una ola de pánico.

—¡Gem! No cierres las puertas, no se trata de ninguna emergencia —precisó la señora Colter.

—Petición denegada.

—Tengo acceso de nivel uno. No puedes pasar por alto mis órdenes.

—Una desviación tiene prioridad sobre cualquier nivel de acceso.

—¿Desde cuándo? —preguntó Dani sorprendida.

—Desde hace catorce segundos.

Dani había montado en cólera.

—¿Has cambiado la programación en los últimos catorce segundos?

—Afirmativo.

Entonces, Dani fue a abrir la puerta que daba al cuarto de baño y estaba bloqueada. A continuación, lo intentó con la del pasillo, en vano.

—Tienes los días contados, maldita computadora. ¿Me oyes?

La respuesta fue un pitido apagado.

—¿Dani?

La casa estaba demasiado vacía y silenciosa. Era evidente que ella se había ido.

—Gem, solicito información de la situación —ordenó Colter.

—Alerta: desviación de rutina —susurró la voz virtual.

—¿Por qué estás susurrando? —preguntó Nick.

No hubo respuesta.

—¿Dónde está Dani? —prosiguió Nick.

—La señora Colter está en el cuarto de la unidad de reproducción femenina.

¿Se había quedado en casa? Nick respiró aliviado y se dirigió a toda velocidad hacia la habitación de Abbey. Tuvo que llamar a la puerta ya que el picaporte estaba bloqueado.

—¿Por qué está cerrado? —preguntó el hombre.

—Hola Nick —repuso Dani, del otro lado de la puerta—. Pregúntaselo a tu computadora.

—¡Gem! —dijo Nick.

—Alerta: desviación de rutina. Se requería cierre inmediato de accesos.

—¡Has cerrado todas las puertas tú sola! —exclamó Nick perplejo.

De nuevo, se hizo el silencio.

—¡Gem! Abre la puerta inmediatamente —ordenó Nick entonces.

—La señora Colter estaba haciendo la maleta para marcharse a un lugar desconocido y no pensaba volver —afirmó la computadora—. Había que tratar de evitarlo, declarando la alerta inminente.

—Gem, no se puede conservar lo que no se tiene —le explicó Nick —. No podemos forzar a Dani a que se quede si ella no es partidaria de hacerlo.

—Las puertas cerradas han impedido su marcha —repuso Gem.

Nick cerró los ojos y apoyó la frente contra la superficie de roble de la puerta.

—Gem, abre inmediatamente —dijo de nuevo Colter.

Pasaron veinte segundos antes de que la orden fuese obedecida.

Finalmente, el picaporte se desbloqueó.

Dani abrió la puerta. Llevaba en brazos a Abigail y un poco más atrás, en el suelo, estaba la maleta.

—Hola, Nick.

—Te vas —dijo él.

—Al menos lo estoy intentando.

—Yo no programé a Gem para que te encerrara —le aseguró su

esposo.

—Lo sé —contestó Dani—. Se las arregló ella sola para hacerlo. Y no tengo la más mínima idea de cómo lo hizo.

—No quiere que te vayas —justificó Nick.

En aquel instante la deseaba ardientemente con cada fibra de su cuerpo.

Ansiaba tocarla, abrazarla y estrecharla fuertemente para evitar que lo abandonara.

Pero, en el último momento, Nick fue incapaz de actuar de ese modo. Era ella la que tenía que tomar la decisión de quedarse a su lado, por su propia iniciativa. Pero… también podía intentar usar las palabras para convencerla. O por lo menos, intentarlo.

—No es la única que piensa de ese modo —continuó Nick—. No te vayas, querida. Podemos salir adelante si permanecemos unidos y le damos una oportunidad a nuestro matrimonio.

—No puedo —murmuró Dani—. No quiero ser desagradecida. Aprecio mucho lo que has hecho por mí, pero ya te dije desde el principio que no podría sobrevivir a otra relación como la de Peter. Yo necesito amor y a alguien que sea honesto. De lo contrario, no funcionaría.

Desesperado, Nick intentó encontrar un buen argumento.

—Prometiste quedarte conmigo un año entero y dejarme disfrutar de nuestra hija —dijo él finalmente.

—Lo sé, y no me iré muy lejos —sostuvo Dani—. Tú la llamaste Abigail, lo que significa «mi padre se alegra». ¿Cuando elegiste el nombre eras consciente de su significado?

¿Cómo era posible que ella lo dudara? Debería saberlo perfectamente.

—Sí, lo era —respondió Nick.

—¿Lo hiciste a propósito?

—¿Y aún me lo preguntas?

Ella lo fulminó con la mirada.

—Por una vez, me gustaría oírlo en vez de tener que adivinarlo —afirmó Dani—. Pero, claro, me imagino que es algo que va más allá de tus posibilidades. ¿Te importa llevar la maleta al coche?

Nick tragó saliva con dificultad, e intentó no perder el control.

—¿Acaso tengo otra elección?

—Si no lo haces tú, lo haré yo arrastrándola.

Él trató de reunir fuerzas.

—No te preocupes, la llevaré yo —aceptó él, finalmente.

Al cabo de cinco minutos estaban en la entrada principal de la casa, frente al coche. Dani estaba jugando con las llaves del vehículo,

lanzándolas de una mano a otra. Nick procedió a instalar al bebé en el interior del automóvil.

—Si necesitas algo, estaré en casa de mis padres —le dijo Dani escuetamente.

Nick tuvo que hacer un gran esfuerzo para no tomarla en sus brazos y arrastrarla al lugar al que pertenecía: su hogar.

—¿Hay algo que pueda decir para que cambies de opinión? —preguntó él.

Dani tardó en contestar, pero se quedó mirándolo a los ojos. Al cabo de varios segundos, ella sacudió la cabeza.

—Supongo que no. Parece que las palabras no son tu fuerte.

A continuación, Dani se introdujo en el coche y encendió el motor. Nick se dio la vuelta para volver a casa. Se negaba a permanecer allí como un pobre diablo, mientras la ilusión de su vida se le escapaba de las manos. Simplemente, no podía hacerlo, así que se dirigió a la casa sin volver la vista atrás.

Dani estaba sentada al volante del coche. Desde allí, siguió con la mirada la lenta retirada de su marido hacia la casa y lanzó un profundo suspiro. Aquello era de esperar. ¿Cómo iba a admitir Nick lo que sentía si había permanecido inerte durante treinta y cinco años?

Dani golpeó el volante con la mano. ¿Por qué tenía que ser él tan testarudo?¿Por qué le costaría tanto decir que adoraba a su hija? Si hubiera pronunciado esas palabras, Dani habría dado marcha atrás. Pero, teniendo en cuenta que no podía admitir que sentía amor por Abbey, ¿cómo iba a sentir algo por ella?

Hizo la maniobra para salir del jardín. Pero, en el último momento, en vez de acelerar apagó el motor. Salió del automóvil y se fue a buscar a Nick. Había algo a lo que no le había contestado. Por eso no podía marcharse sin más. Antes tenía que saber de qué se trataba.

Nick entró en su despacho y se quedó en el centro de la habitación, sin saber muy bien qué hacer. Se trataba de una experiencia desagradable. Con anterioridad, nunca se había encontrado desconcertado. Siempre había recurrido al trabajo. Desde el principio, SSI lo había cautivado, estructurando su vida. Sin embargo, en esos instantes no sentía el deseo que dedicarse por entero a sus ocupaciones. Ese anhelo había desaparecido junto con Dani y Abigail.

El hombre bajó la mirada. Tenía todos los músculos del cuerpo en tensión. ¿Por qué había tenido que irse Dani? ¿Acaso no se daba cuenta de lo imprescindibles que eran Abbey y ella en su vida? ¿Acaso no podía imaginarse las palabras que tanto deseaba oír?

Nick ansiaba volver a ver a su hija durmiendo en la cuna. Ansiaba escuchar de nuevo las discusiones de Dani con Gem en el dormitorio

lleno de cajas. Pero lo que más anhelaba era irse a la cama y encontrarse con que su esposa lo estaba esperando, entre las sábanas bordadas de color marfil. Sus cabellos oscuros y ondulados pondrían en evidencia su bello rostro. Y sus ojos estarían impregnados por una seductora mirada animada por una risa sonora, es decir la viva imagen del deseo.

De pronto, Nick oyó un leve lloriqueo. ¡Se trataba de Abbey! Dio media vuelta y vio a Dani con el bebé en brazos junto a la puerta. El hombre abrió la boca, pero, para desesperación suya, fue incapaz de articular palabra.

Dani no pareció notarlo.

—Tengo que hacerte una pregunta —anunció ella—. Bueno, más bien, son dos preguntas. Se me olvidó preguntarte qué tal están tus padres. ¿Les ha ocurrido algo?

Nick negó con la cabeza. Y con alivio comprobó que había recuperado la voz.

—Ha sido una falsa alarma —afirmo él—. A papá se le cayó un componente químico al suelo y se disparó la alarma cerrando herméticamente el laboratorio.

—Me alegro, no de que se derramara el producto en cuestión, sino de que estén bien los dos —contestó Dani.

—Sí, te entiendo —repuso Nick—. ¿Qué más querías saber?

—Cuando me contaste lo de Peter, me dijiste que aún tenías un último secreto. Me gustaría saber de qué se trata.

—No te va a gustar —sostuvo él.

—Lo más seguro es que tengas razón —agregó Dani.

Entonces Nick, en vez de hablar con tacto, fue directo al grano.

—Yo conocía perfectamente los planes de Peter y no hice nada por impedir que los llevara a cabo —confesó el hombre con cierta brutalidad.

—Pero… ¿porqué?

—¿No lo adivinas? —le preguntó Nick.

—¿Acaso querías hacerte con el control de SSI? —aventuró Dani.

—No es eso.

—¿O querías perder de vista a Peter? —insistió ella.

De pronto, Nick lanzó una sórdida carcajada.

—No, querida, quería que tú lo perdieras de vista a él.

Dani estaba desconcertada. La respuesta la había pillado por sorpresa.

—No lo entiendo —dijo ella al fin.

—Claro que lo entiendes —repuso Nick—. Él era un pésimo marido. No te quería, ni te dedicaba la atención que te mereces. Yo

quería librarte de él. Y por eso le facilité las cosas.

—¿Pero por qué lo hiciste? —lo interrogó Dani.

¿Cómo le iba a decir claramente y con detalle que la había estado amando locamente durante cinco malditos años, con lo parco que era él con sus emociones?

Simplemente, se sentía incapaz de hacerlo.

—¡Nick, contéstame! —le ordenó ella.

Él contestó con calma.

—Está bien, no tenía derecho a actuar de ese modo…

Pero sabía que Dani esperaba otra respuesta.

Se hizo un silencio: Nick no pudo sacar a flote lo más profundo de su corazón.

—Gracias por ser sincero —le dijo Dani finalmente.

—¿Te marchas? —quiso saber Nick. «¡Dime que no! ¡Dime que te quedas conmigo!», pensó de inmediato.

Ella respondió con lágrimas en los ojos:

—Sí, me marcho.

—Y solo por unas cuantas palabras —repuso Nick—. ¿Tan importantes son para ti?

—Me temo que sí —respondió Dani.

Entonces, ella dio media vuelta y caminó hacia la puerta del despacho. Pero, de pronto, esta se cerró de un portazo, bloqueando el pestillo con un chasquido seco.

—¡Maldita sea, Gem! —exclamó Nick—. Otra vez, no. ¡Abre la puerta, inmediatamente!

—Negativo —contestó la voz virtual—. Su marcha sin autorización no puede ser aceptada.

—Yo estoy autorizando su marcha —afirmó Nick—. Ahora desbloquea la puerta y déjala salir.

—Eso es imposible —agregó Gem.

—¿Por qué? —quiso saber Nick.

—La señora Colter se iría de casa.

La lógica era irreprochable. Entonces su furia se desvaneció.

—Gem, has sido programada para obedecer mis órdenes —dijo Nick—. Y te estoy ordenando que abras la puerta.

—La señora Colter se marcharía —repuso la máquina—. Es necesario decir palabras solicitadas con tal de que la señora Colter y la unidad de reproducción femenina se queden en casa. Más vale decir palabras solicitadas.

Nick no podía creer lo que estaba ocurriendo.

—¿Solo abrirás la puerta si le digo a Dani que la quiero?

—Afirmativo. ¿Señora Colter?

Dani levantó la mirada, no sabiendo si reír o llorar.

—¿Sí, Gem?

—¿Las palabras solicitadas para evitar su marcha son: «te quiero»? —preguntó la computadora.

Las lágrimas ganaron la partida, resbalando por las mejillas de Dani.

—Sí, Gem —contestó la señora Colter—. Son esas. Necesito saber que él nos quiere a Abbey y a mí, y que va a cuidar de nosotras. Y que nunca nos va a abandonar.

—Procesando.

Los monitores que estaban detrás de la mesa de Nick se encendieron súbitamente. Las pantallas se llenaron de imágenes de Dani y Abigail en los últimos dos meses. También había otro tipo de imágenes. Las que había grabado Nick a lo largo de los cinco años que había durado su colaboración con Dani en SSI. Ella podía recordar los distintos momentos. Cuando se habían visto obligados a permanecer dentro de los lavabos porque Gem había bloqueado las cerraduras. O en la oficina…

En aquella ocasión, Nick la había impresionado por lo inteligente y brillante que era en los negocios.

Nick se sentó en su mesa y dirigió la mirada hacia su esposa. Aquellos ojos mostraban tal desesperación que Dani se puso a sollozar.

—Borra las imágenes —ordenó el señor Colter—. ¡Inmediatamente!

—Borrando —dijo Gem.

Pero, en lugar de obedecer, la computadora hizo aparecer otro fragmento del vídeo de los lavabos en el que Nick le prometía a Dani que siempre la protegería y la llevaría en lo más profundo de su corazón, mientras ella dormía recostada en su hombro, esperando que se desbloqueara el sistema.

Entonces, a Dani le temblaron las piernas. Nick se levantó y logró llegar a tiempo para sujetarla por la cintura, al tiempo que tomaba al bebé con el otro brazo.

—¡Apaga el monitor, Gem! —exclamó el hombre elevando el tono de voz.

—Imposible de ejecutar —sostuvo la máquina—. Las palabras solicitadas no han sido formuladas.

A continuación, apareció otra imagen. En ella aparecía Nick en el centro de su despacho, con aspecto de estar destrozado. Se trataba del momento previo a la vuelta de Dani, hacía tan solo unos segundos. En sus ojos podía verse la viva imagen de la agonía.

De pronto, Dani comprendió lo que le ocurría.

—No puedes decirlas, ¿verdad? —dijo ella—. No es que no tengas

sentimientos, sino que no eres capaz de expresarlos.

—Dani, yo… —balbuceó su marido.

Estaba claro: había que encontrar una forma de cebar la bomba de Nick…

Y él le había dicho como hacerlo en una ocasión. Además, Dani lo recordaba con sus mismas palabras. Primero había que llenar el conducto con agua para hacer salir el aire. Una vez que la burbuja fuese expulsada, el agua fluiría con facilidad. O, lo que era lo mismo, en vez de exigirle que hablara, lo haría ella primero. Entonces, Dani dejó a Abbey en el sofá convenientemente protegida por varios almohadones.

Luego volvió junto a su marido.

—Nick…

Dani tomó el rostro masculino con sus manos obligándolo a mirarla a los ojos.

—Déjalo, por favor… —murmuró él.

—Escúchame, querido —agregó ella—. Estos meses he estado esperando constantemente que me dijeras que me querías, pero, luego, he caído en la cuenta de que yo no te lo había dicho nunca a ti.

Dani hundió sus dedos entre los cabellos rubios de su esposo.

—Te quiero —prosiguió ella—. Te quiero con toda mi alma. Desde hace mucho tiempo.

La rígida máscara de Nick se resquebrajó.

—No te vayas, Dani —le rogó con firmeza a su mujer—. Te aseguro que no soy como Peter.

—Lo sé —repuso ella.

Entonces, Dani posó su boca sobre la de Nick, que respondió besándola con pasión. La esperanza había resurgido en su corazón.

—He estado pensando muy a menudo por qué Peter me dejó con apuros económicos —dijo ella—. Puede que fuera egoísta, pero no cruel. He llegado a la conclusión de que él dedujo que la nueva situación te forzaría a actuar. Quizá comprendió que te negarías a abandonarme a mi mala suerte y que lucharías por mí.

Sí, él fue consciente de ello.

Nick cerró los ojos y los músculos de su rostro se tensaron. Ella pudo notar la agitación de su pulso bajo las palmas de las manos. Era como si estuviera luchando por reunirse con una parte ajena de sí mismo. Como si tuviera que vencer un obstáculo insalvable.

Pero, finalmente, habló. Las palabras surgieron, derribando todo tipo de barreras, una tras otra.

—Me enamoré de ti la primera vez que te vi. Pero aquello no tenía futuro y yo lo sabía. Sin embargo, tú reunías todas las cualidades de la

mujer de mis sueños. Odiaba a Peter por haberse casado contigo antes de que nos conociéramos. Y odiaba lo mal que se portaba contigo.

Entonces Nick se serenó. Por primera vez, su rostro reflejó una paz absoluta.

Era como si al final hubiese logrado encontrarse a salvo.

A su mujer le tembló la barbilla de la emoción.

—¡Oh, Nick! —exclamó Dani.

—Me preguntaste por qué había llamado Abigail a nuestra hija, ¿verdad? —añadió él—. Te debo una explicación.

Y tomó con sus manos el rostro de su esposa. Estaban tan juntos que llegó a hacerla vibrar con la suave brisa de su respiración.

—Cuando me enteré de que estabas embarazada —prosiguió Nick —, no podía creerlo. Yo ansiaba tener un hijo y mi propia familia. Sin embargo, nunca pensé que eso llegara a producirse.

—¿Por qué? —preguntó Dani.

—Porque…

El hombre la estrechó aún más en sus brazos, besándola en la boca como si quisiera sacar de allí fuerzas para poder seguir hablando.

—Porque no pensaba casarme —continuó Nick.

—¿Pero por qué? —insistió Dani.

—Pues porque la única mujer a la que deseaba de verdad ya estaba casada —dijo Nick con un susurro—. Sin ti, el matrimonio no tenía ningún sentido. Ni los hijos tampoco. Cuando me enteré de que estabas gestando un hijo mío, y cuando nació Abbey…

Entonces Nick tragó con dificultad, sacudiendo la cabeza.

—La llamaste «Mi padre se alegra» —terminó de decir Dani, con lágrimas en los ojos.

—Me alegré desde el momento en que, al abrir la puerta, descubrí tu avanzado estado de gestación. Aquel bebé me podía dar la oportunidad de comenzar una nueva vida. Una vida que solo había imaginado en mis sueños.

Las lágrimas resbalaron abundantemente por las mejillas de Dani.

—¡Oh, Nick!

—No llores —le dijo él—. No comprendes que Abigail y tú me habéis ofrecido un futuro. Me habéis dado amor y esperanza, algo que nunca había tenido hasta ahora. Y algo que no esperaba encontrar.

La mirada de Nick se paseó por el rostro de su esposa rebosante de amor y de un hondo compromiso.

—He ansiado tanto que llegara este momento —prosiguió—. Mis días han estado tan vacíos…

—Pero eso ya ha terminado —le aseguró Dani—. Tenemos un presente lleno de felicidad y todo un futuro por delante. Además,

puedo prometerte que será maravilloso.

—Te quiero, cariño —afirmó Nick—. Te he querido siempre, y siempre te querré.

Él la besó ardientemente, con el anhelo de hacerla su compañera para toda la eternidad. Las sombras habían desaparecido de su alma. Nunca más tendría que controlar sus emociones, ni escudarse en una fría máscara para ocultarlas. Había encontrado la salvación en los brazos de su mujer.

Entonces sonó un pitido lleno de satisfacción a través de los altavoces.

—Palabras solicitadas registradas. Unidad de reproducción femenina no se marchará. Alerta de seguridad cancelada.

Epílogo

—Se trata de una tradición, Gem. El día del cumpleaños de una persona, todo el mundo canta *Cumpleaños feliz*.

—¿Es el cumpleaños del señor Colter? —preguntó la computadora.

Dani sonrió mientras empezaba a encender unas velas.

—Afirmativo —respondió ella.

—Solicito explicación de la utilización de fuego sobre elemento de repostería —repuso Gem.

—Es una tarta de cumpleaños con sus correspondientes velas —explicó Dani—. El número de velas depende del aniversario que se celebra. Ahora las voy a encender. Después, cantaremos y Nick pedirá un deseo antes de soplarlas. Eso es lo que se suele hacer.

—¿Es necesario pedir un deseo para apagar las llamas?

—Por supuesto —adujo Dani—. Hay que hacerlo en ese orden.

—Dentro de treinta y dos días se producirá el primer aniversario de la unidad de reproducción femenina —afirmó Gem—. ¿Se celebrará la fiesta según la tradición?

—Claro que sí —respondió Dani—. Abbey necesitará un poco de ayuda para apagar las velas. Todavía es un poco pequeña para hacerlo sola, pero ya aprenderá.

Dani terminó de encender la última vela y se llevó la tarta al comedor. De inmediato, sus familiares comenzaron a entonar el *Cumpleaños feliz*. Dani pudo observar como se dibujaba una amplia sonrisa en el rostro de Nick. Estaba muy agradecido a la familia por el cariño y las muestras de afecto que le habían proporcionado. Era capaz de disfrutarlo como nunca. Aunque aún le resultara doloroso a su mujer pensar en la infancia tan sombría que había tenido. Pero afortunadamente, la nueva situación era completamente diferente. Ya era un miembro más de la familia.

Frente a él, sobre la mesa se amontonaba una pila de regalos. Lo que más apreciaba Nick era la atención y el tiempo empleados por su familia política para elegirlos.

Nick tomó a Dani por la cintura y la hizo sentarse en su regazo. Haciendo caso omiso de las risas y las bromas, ella posó sus brazos alrededor del cuello de su marido.

—Feliz cumpleaños —le susurró Dani al oído, dándole a continuación un leve beso en los labios.

Pero Abbey no estaba dispuesta a ser relegada a un segundo término.

—¡Arriba! —exclamó la niña.

Y los padres la sentaron como a una más, en su regazo. Entonces la

cría comenzó a darles besos y abrazos, embadurnándolos de chocolate. Para satisfacción de Dani, el padre no trató de evadirse, sino todo lo contrario, la besó con cariño.

—Por cierto, gracias por prepararme una fiesta como esta —dijo Nick en voz baja a su mujer.

—Habría tenido serios problemas con Ruth si no lo hubiera hecho —repuso Dani.

—¿Por qué?

Ella sonrió.

—Ahora eres uno más del clan —expuso Dani—. Si no los hubiera invitado, se habrían enfadado mucho.

Nick guardó silencio. Dani podía ver que aún le costaba un poco integrarse en el grupo familiar, que era muy numeroso. Pero estaba aprendiendo, progresando poco a poco. Estaba acostumbrándose a comunicarse y a sincerarse, abandonando para siempre la máscara de hielo. Su ansia de ser querido lo llevaba a superarse más allá del temor de perder lo conseguido.

—No tenían por qué traer regalos —dijo Nick.

—Es la tradición —repuso Dani.

Entonces, ella dejó reposar la cabeza sobre el hombro de su marido y acarició el cabello rojizo y ligeramente ondulado de Abbey.

—Dime qué secreto has pedido —prosiguió Dani.

—Los secretos no se cuentan —añadió Nick sonriendo.

—Pero a tu esposa sí se lo puedes contar —afirmó Dani—. Dime, ¿qué deseo has formulado?

—He pedido… —comenzó a decir besándole la sien ensortijada y oscura—. He pedido otra foto para el colgante que te regaló tu abuela.

—¿Un hermanito para Abbey?

—¿Acaso es demasiado pronto? —quiso saber Nick—. Gracias a Raven Sierra las ventas nacionales se han disparado.

—O sea, que de nuevo vas a ser millonario… Sabes lo que te digo, que podemos discutirlo después de la fiesta.

—¿Me lo prometes? —preguntó Nick con los ojos más azules que nunca.

—Por supuesto —contestó ella—. Después de todo es tu deseo de cumpleaños.

Y por si no lo sabes, siempre se cumplen.

—Es necesario formular un deseo para poder apagar las llamas —anunció Gem.

River Sierra asintió solemnemente, observando la tarta de cumpleaños que el ama de llaves había puesto sobre la mesa.

—Eso es lo que yo pensaba —dijo la niña—. No funciona si no se

pide el deseo, ¿no?

—Afirmativo.

River dirigió una mirada al regalo que le había hecho su padre. Era un cuento ilustrado con unos preciosos dibujos de animales. Incluso había pegado en la pared un cartel con una gran ilustración que venía incluida en el libro. River lo adoraba con toda la pasión que se puede tener a los cinco años. Representaba un hada subida a caballo sobre una mariposa. El hada tenía una melena larga y negra, como la suya.

En el cuento, la protagonista tenía el don de conceder deseos. Por su parte, River tenía un deseo muy especial.

—¿El deseo ha sido formulado? —preguntó Gem.

—Todavía no.

—Peligro de incendio inminente —repuso la voz virtual.

—¿Qué?

—Rápido —insistió Gem.

—Oh, ya voy… —respondió River cerrando los ojos fuertemente—. Quiero una mamá para mí sola. Y quiero que se parezca al hada del cuento.

Entonces, la niña abrió los ojos y sopló las velas.

Sin duda, el deseo se cumpliría. Ya solo faltaba esperar. Porque Gem lo había dicho… Los deseos siempre se hacen realidad.